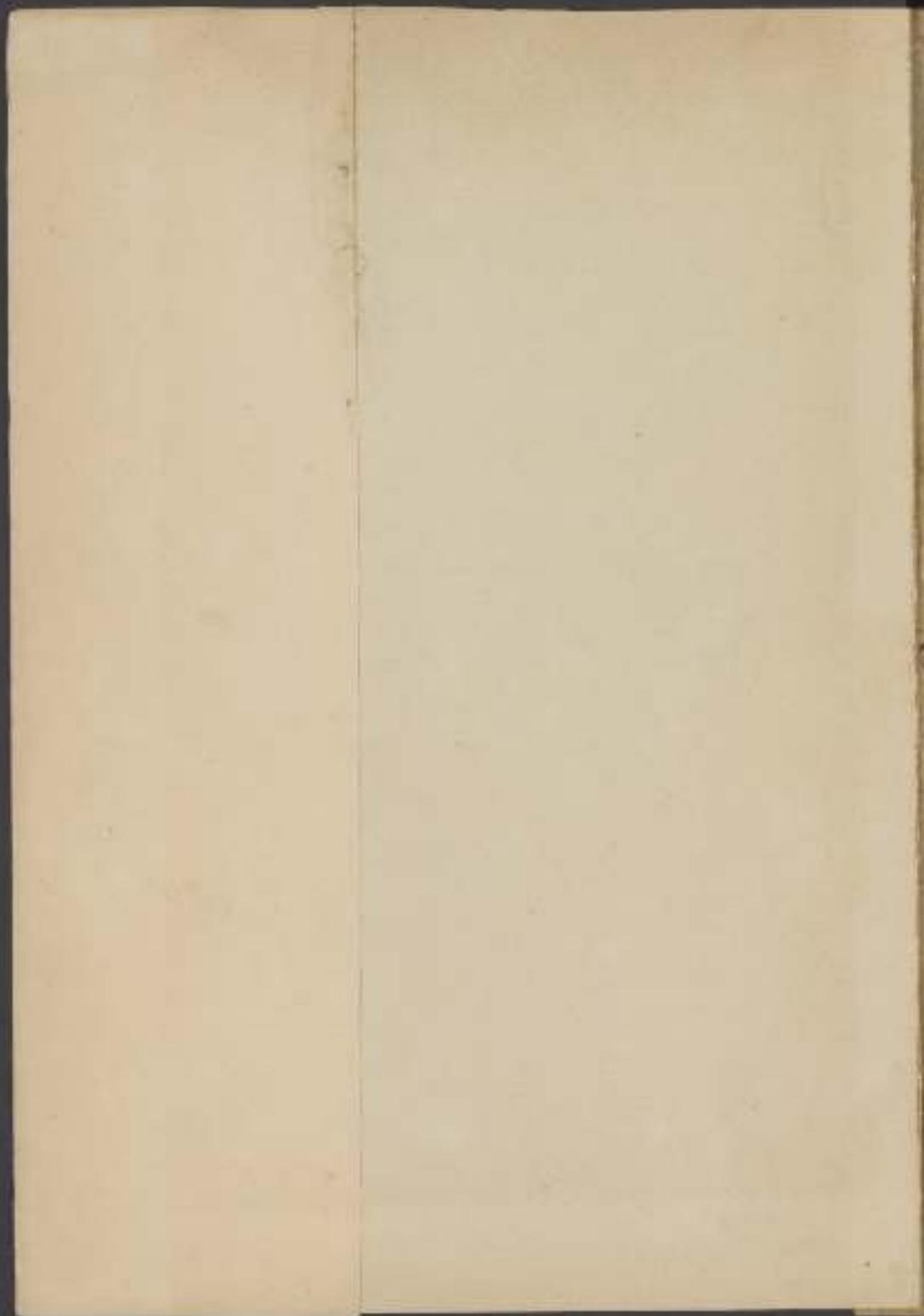


EL ANGEL DE LA CALLE



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MAURO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18861 - BARCELONA

El ángel de la calle

DELICIOSO POEMA

dirigido por

FRANK BORZAGE

*

FILM TITAN FOX

Distribuido por

Hispano Fox Film, S. A.

BARCELONA

*

Argumento narrado por EDICIONES BISTAGNE

INTÉRPRETES

La pareja divina: JANET GAYNOR
y CHARLES FARRELL

El ángel de la calle

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

En todas partes, desde la vertiginosa urbe a la spacible ciudad provinciana, hay almas engrandecidas por el dolor y la adversidad.

Y es lo más frecuente que estos seres pasan por nuestro lado en silencio, sin que su calvario sea advertido por nosotros.

Así ocurría en Nápoles, la pintoresca ciudad dominada de cerca por el Vesubio, cuya terrible amenaza no alteraba lo más mínimo la alegría y la sana vehemencia de los napolitanos.

Eran las últimas horas de la tarde. En uno de los distritos pobres de la ciudad reinaba singular animación. Vendedores, pregoneros, artistas ambulantes...

Un anciano con un borrico. ¿Sabéis qué llevaba este hombre en el jumento? Pues, salchichas. Vendía embutido por la calle, y lo pregonaba con gracia singular. La experiencia de sus muchos años de negocio callejero, hábale llevado a una aguda comprensión de lo que el pregón debía ser para despertar el interés del público.

Un hombre con un bombo. ¿Sabéis quién era este hombre? Masetto, el gran Masetto, el alma de una compañía de circo ambulante que había dejado su carro en los confines de la ciudad.

Masetto, como todas las tardes, hacía la propaganda de su compañía. Cruzaba las calles haciendo so-

nar el bombo, aquel bombo que era el más maravilloso instrumento construído hasta el día, aquel bombo que, según Masetto, de existir cien años antes, hubiera sido el asombro de Beethoven y de Mozart.

Iba, pues, Masetto haciendo sonar orgullosamente su bombo, cuando algo interrumpió su concierto.

Había oído el pregón del viejo del borrico:

—¡Salchichas! ¡Embutidos de todas clases! ¡Los mejores y más baratos de Italia! ¡Por una lira, dos comidas completas!

Masetto era un gran artista, uno de los mejores artistas del mundo, acaso el mejor; pero Masetto no comía lo suficiente.

Masetto tenía resignación bastante para sobrellevar su tragedia.

—Otros héroes han sufrido más que yo—pensaba—. Hasta Jesucristo, el héroe supremo, hubo de soportar la ingratitud humana.

Pero al oír el pregón del embutido, algo que era superior a su espíritu de sacrificio se agitó dentro de él.

¡Oh, las salchichas! ¡Tentación mágica del embutido!

Una extraña fuerza le arrastró hacia el borrico.

El viejo, confundido entre la multitud y entre el farrago de vendedores, no podía vigilar bien su mercancía.

Estaba más pendiente del público que de ella.

—¿Salchichas, señora? Caballero, el más rico y económico embutido de Italia.

Masetto se acercó. Vió que de los repletos cestos sobresalía una longaniza soberbia, descomunal. Bien pesaría un kilo ella sola.

¿Qué nube de maldad, de locura, veló los ojos y el corazón de Masetto? ¿Qué extraño coquilloco estomacal le llevó a alargar la mano, a coger la longaniza, a tirar de ella y a escondérsela debajo de la americana?

Pero he aquí que el anciano del borrico acertó a volver la cabeza en aquel momento, he aquí que lo sorprendió, he aquí que comenzó a vociferar desesperadamente:

—¡Me han robado! ¡El del bombo! ¡Guardias! ¡Cogedle!

Masetto no había tratado de huir, estaba allí mismo, no se había movido del lado del jumento.

Por eso le molestaron doblemente los gritos del viejo.

—¿Qué está usted diciendo, carcamal? Usted ve visiones.

Y, entonces, el viejo gritó desgañándose:

—¡Me ha insultado, me ha insultado! ¡Me ha llamado carcamal! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

La gente había formado un círculo alrededor de ellos.

Hubiera sido inútil que Masetto pretendiese huir. Por eso trató de refugiarse en la mentira.

—¡Señores, es un loco! ¡No haciedle caso! ¡Delira, el infeliz!

—¿Loco? ¿Loco yo? — exclamó el viejo.

Y con un vigor que nadie hubiera sospechado asistiera a aquellas piernas enjutas, se plantó de un salto al lado de Masetto, le sacudió violentamente y, para fin de fiesta, dió un tremendo puntapié al bombo, haciendo trizas la piel de uno de sus lados.

Masetto, al ver los desperfectos que el pie del anciano había pro-

ducido en su querido bombo, se dejó llevar de la desesperación y de la ira:

—¡Bandido! ¡Criminal! ¡Lo ha roto! ¡Guardias, guardias!

Acudieron al punto dos representantes de la autoridad.

Uno de ellos sujetó al viejo y el otro se ocupó del artista.

—¿Qué ha sucedido?— preguntó el guardia de más edad.

—Me ha roto el hombro — gritó Masetto.

—Me ha robado una longaniza y encima me ha insultado.

El guardia de más edad se atusó el bigote.

—¿Es cierto lo del robo?

—No, señor — repuso Masetto.

—Sí, señor — aseguró el anciano.

—Que lo registren. Yo he visto cómo se la escondía.

Se registró a Masetto y se le encontró la longaniza.

—¿Y esto? — preguntó el guardia de más edad, mostrando al artista el producto de su robo.

Masetto, entonces, hubo de recurrir a su único medio de salvación:

—Eso no quiere decir nada— repuso — Yo no he robado la longa-

niza, sino que la he comprado. Y cuando iba a pagarla, este maldito viejo ha comenzado a escandalizar.

El guardia volvió a quedar pensativo.

—Entonces, todo se puede solucionar fácilmente. Pague usted lo que ha tomado y siga su camino— dijo a Masetto.

Masetto pagó; pero no sin exclamar entre sollozos:

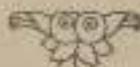
—Y el bombo, ¿quién me lo paga a mí?

La autoridad dirigióle una mirada furibunda.

—¡Vaya! ¡Vaya usted con viento fresco y dé gracias a que no le lleve a presencia del juez!

Y Masetto hubo de irse, sin cesar en su llanto y en sus protestas.

—¡Mi bombo, mi querido bombo! ¡Era el mejor, el mejor del mundo!



Al mismo tiempo, otra escena más dramática y conmovedora, se desarrollaba en una de las viviendas más miserables de aquel suburbio.

En ella vivían Angela y su madre. Hacía mucho tiempo que la miseria había descargado sobre ellas su trágico azote.

Y, para colmo de su infortunio, la madre había caído enferma.

Entonces comenzó el verdadero drama. Angela se lanzó a la calle en busca de un médico caritativo que pudiera esperar, que pudiera perdonar.

Lo halló. Fué inmediatamente a visitar a la enferma.

—No sé, no sé—dijo a Angela, después de la visita—. Puede ser

grave y puede no serlo. Pero me temo que lo sea.

Y hoy, al visitarla nuevamente, dijo a la infeliz muchacha:

—Tu madre está muy grave. Difícilmente se salvará. Toma esta receta y ve a la farmacia. Que te la despachen en seguida.

Angela quedó un instante aturdida, con el papel en la mano.

El dolor llenaba su corazón y conturbaba su mente.

—Muy grave... muy grave...—murmuró.

Después, merced a un sobrehumano esfuerzo, volvió a la realidad.

Y las palabras del médico se reprodujeron en su magín: "En se-

guida, que te la despachen en seguida."

Pero, ¿cómo? ¿Cómo podría hacer la compra? No disponía de un solo céntimo.

—Señor... — balbució la desdichada—. ¿Valdrá mucho esta medicina?

—Unas veinte liras — repuso el doctor, y se fué, rehuyendo el sablazo.

Con el papel en las manos y los inmensos ojos fijos en él, Angela permaneció un largo rato como hipnotizada.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Se levantó, se acercó al lecho de su madre.

La enferma se debatía angustiada.

—¡Pobre Angela mía! ¡Pobre Angela mía!

—No temas, madre, no temas. Te pondrás bien pronto.

—No, Angela, no. Me siento morir. ¿Ha recetado el doctor?

—Sí.

Y Angela le mostró trémulamente la receta.

—¿Lo ves? No podrás comprar

la medicina. Habré de morir. Moriré irremisiblemente.

Angela, en un arrebató de amor y de angustia, se abrazó al desmedrado y querido cuerpo, y repuso:

—Te salvarás, madre, te salvarás. Te pondrás buena muy pronto. Ahora mismo tendrás aquí la medicina.

Y echándose sobre los hombros un raído chal, salió a la calle, dispuesta a hallar las veinte liras que necesitaba.

Anochecía. Comenzaban a arder aquí y allá, los dispersos faroles del alumbrado público. La animación callejera había menguado incluso. Los enturbiados ojos de Angela sólo pudieron percibir tres o cuatro transeuntes y el encargado de encender los faroles públicos.

Por salvar a su pobre madre estaba dispuesta a todo.

Pensó primero en pedir limosna, pero sabía que, aunque tuviera suerte, no lograría reunir las veinte liras que necesitaba.

Convenía obrar de prisa. Su madre tenía contados los minutos de su vida.

Y una idea audaz cruzó por su mente.

¡Fingir que era una mujer de la calle, una conquistadora de hombres!

Se acercaría a los hombres prometiéndoles caricias — sin saber cuáles — y cuando hubiese conseguido de uno de ellos el dinero en cuestión, se apartaría de él para correr a la farmacia. Si, no podía recurrir a otro extremo más eficaz en momento tan grave.

Primero era su madre. ¿Qué sacrificaría ella a cambio de la vida de su madre?

No lo sabía. No quería saberlo. Estaba atontada.

Y empezó la farsa.

Acercóse a un farolero que en aquel preciso momento encendía el farol más próximo a su casa.

—¡Buenas noches!—le dijo.

El farolero se volvió y la contempló con extrañeza... y luego con desdén, creyéndola una mujer pública.

Angela sintió deseos de llorar.

¡No servía!

En tal instante pasó junto a ella una pareja, cuya mujer se conto-

neaba de lo lindo, como experimentada hija del arroyo...

Angela pensó que imitando a las auténticas "pescantes" conseguiría pasar por una de ellas, y así lo hizo, ladeándose el sombrero y dibujando sus labios una sonrisa pícarasca.

Y volvió a probar suerte...

Se aproximó a un obrero, le guiñó un ojo, como la más consumada profesional; pero el buen hombre la contempló embozado y siguió su camino.

¡Qué amargura!

Su calvario parecía no tener fin. Nadie le hacía caso.

Torturada por esta idea y por el convencimiento de que su pobre madre moriría si ella no acudía pronto con el medicamento, desfallecida por los largos y continuos ayunos, trémula de frío y de angustia, fué de una en otra calleja, buscando, buscando vanamente.

Algo llamó de súbito su atención. Ante el pequeño mostrador de un restaurante ambulante había un hombre que devoraba un plato de macarrones.

Se acercó y trató de conquistar-

lo, convencida de que ese hombre no titubearía en desprenderse de veinte liras.

Pero el comilón, que prefería un buen manjar a la mejor mujer, le volvió la espalda.

Entonces, dolorida, Angela vió sobre el mostrador el cambio que el fondista acababa de entregar a su cliente, y la infeliz se dijo, como repentinamente iluminada:

—De un modo u otro, he de obtener las veinte liras.

Estas palabras volvieron a llenar su mente y su corazón. Muchos días de hambre había pasado, su alma no ignoraba ningún padecimiento, ninguna privación, y jamás hubiera Angeles tomado una cosa que no fuera suya, aunque se le asegurara de antemano la impunidad.

Ahora, sin embargo, no vaciló en decirse que aquel billete podía ser su salvación. Era la vida de su madre la que dependía de él, y ello puso una venda en sus ojos.

Temblando, sólo mantenida por el profundo anhelo de salvar a su madre, tendió el brazo. No la veían. Tanto el cliente como el empleado le daban la espalda.

Cogió el billete.

—¡Salvada!—pensó.

Pero he aquí que cuando se disponía a guardarse el papel el cliente se volvió y descubrió el billete entre sus dedos.

Ferocemente, cogió a Angela por un brazo. Le obligó a sacar la mano del bolsillo. De momento, no experimentó la joven sobresalto ninguno.

—Un fracaso más—pensó.

Pero el dueño del billete, en vez de arrebatárselo y dejarla marchar como ella esperaba, sujetó fuertemente su muñeca y comenzó a gritar:

—¡Guardias! ¡Guardias!

Un terror repentino y profundo se apoderó entonces de Angela. Si la detenían, no podría seguir buscando, no podría llevar a su madre a tiempo la medicina. Acaso no podría verla en toda la noche.

Cuando iba a suplicar, a contar al hombre que la sujetaba lo que le ocurría, llegó un guardia.

Le explicaron lo sucedido y el representante de la autoridad se la llevó, sin prestar oído a sus desesperadas súplicas.

Inútil fué que contara al juez lo ocurrido, que se arrodillara a sus plantas, que expusiera, entre collosos, la necesidad ineludible que tenía de ver a su madre.

Para aquel delito y el otro... el de mujer ligera, pues el hombre que iba a ser robado declaró a los guardias que Angela habíale hecho proposiciones deshonestas, dictaba el Código un año de prisión correccional, y la pena le fué impuesta.

La angustia de Angela se convirtió en desesperación. Jamás su alma estuvo poseída de tal frenesí. Una extraordinaria audacia animaba su espíritu.

—Me escaparé—se dijo con firmeza.

¿Cómo? No lo sabía aún. Pero lo pensaría. Tenía la evidencia de hallar el medio.

Y, en efecto, lo halló. Era la hora en que se conducía a los delincuentes a la cárcel. La llamaron. La sumaron a una cadena de malhechores, y segundos después se hallaba en la calle, formando parte del vergonzoso cortejo.

He aquí la ocasión.

Muy pocos polizontes les acompañaban, tan pocos, que Angela habló en seguida una oportunidad para huir. Pero no quiso hacerlo. Prefería esperar a que pasaran por donde ella sabía que tenían que pasar. Era el punto más laberíntico de todo Nápoles, y lo conocía al dedillo. Tanto, que tenía casi la evidencia de despiatar a los guardias.

Llegaron. Angela miró a los guardias de reojo. Hablaban animadamente.

—Ahora es la verdadera ocasión—se dijo.

Y, sin más reflexiones, se dió a la fuga.

Cerca, había una arcada, y sólo cuando llegó a ella se dieron cuenta los polizontes de su fuga. Sonaron pitos, y dos o tres guardias salieron en su persecución.

Desde la rinconada cuya sombra la protegía, vió Angela que uno de los guardias se dirigía hacia ella, y que era el mismo que la detuvo y condujo al Juzgado.

¿La habría visto? ¿La estaría viendo? Fuera así o no, era un peligro permanecer allí.

Se volvió, vió tras ella una gradería y subió con rapidez extraordinaria. La agilidad fué siempre una de sus más preciosas facultades, y ahora esta facultad estaba multiplicada por la ansiedad y el deseo de llegar a su casa y ver a su madre.

Doblo por la calleja que se ofrecía a su izquierda y, ya llegaba al final, cuando oyó que su perseguidor gritaba:

—¡Cogedla! ¡A ella! ¡A la ladrona!

Torció entonces a la derecha. Al final de aquel nuevo callejón estaba su casa. Era cosa de llegar a ella antes de que el guardia doblara la esquina de la calleja por la que ella corría ahora.

¿Llegó? No lo sabía. Al ver las escaleras en cuyo fin estaba la puerta de su casa, subió y entró.

Y ya no pensó entonces más que en ver a su madre.

Abrió la puerta del cuarto y a dirigirse al lecho iba, cuando un espantoso cuadro la detuvo.

Su madre tenía la cabeza y los brazos fuera del jergón, en una grotesca postura que llevó al alma de

la muchacha un fatídico presentimiento.

Poco a poco, trémula y jadeante, se fué aproximando. Cuando estuvo al lado de su madre permaneció un momento indecisa, sin atreverse a volver aquella cabeza, colocada ahora de forma que el rostro quedaba invisible.

Tras unos segundos de torturantes vacilaciones, cogió la maternal cabeza entre sus manos.

Tenía el rostro frío. Lo volvió. Estaba blanco y sus ojos permanecían cerrados.

—¡Madre!

Pero la madre nada respondió.

La llamó una y otra vez y la sacudió, asiéndola por los hombros, después de haber colocado su cabeza sobre la almohada.

Inútil. Todo inútil. Su madre no respondía. Su madre... había muerto.

No la volvió a llamar. Se arrodilló al lado del camastro y, abrazándose al exánime y querido cuerpo, lloró, lloró...

De súbito, oyó voces en la calle. Y en una de ellas reconoció la del guardia que la perseguía.

En su alma, henchida de pena, halló un hueco el terror, y Angela se puso en pie y se dirigió hacia la puerta que daba a la calle.

La abrió y la volvió a cerrar al punto. Al pie de la escalera estaba el terrible guardia, que se había empeñado en perturbar su vida.

Y precisamente miraba hacia la puerta cuando ella la abrió. ¿La habría visto? Aguzó el oído y notó que subía.

Corrió Angela hacia el otro lado de la casa. Allí había una ventana que daba a un tejado. Sobre el alféizar se hallaba la fugitiva cuando oyó que se abría y se cerraba la puerta de la calle.

Quiso su mala fortuna que el guardia se dirigiera rectamente hacia aquella pieza, y sólo tuvo el tiempo justo para saltar al tejadillo y del tejadillo a la calle.

Menos valeroso que ella, el guardia volvió sobre sus pasos, lo que dió tiempo a Angela a llegar al fin de la calle antes de que el *gendarme* apareciera por el otro extremo.

Bajó unas escaleras. Se halló en una reducida plaza. Y en medio de ella vió al único que podía salvarla.

Era Masetto, el buen amigo Masetto. Estaba rodeado de sus compañeros, y al lado de él se veía el desgarrado bombo.

Corrió hacia los artistas.

—¡Me persiguen! ¡Escondedme!

Y Masetto tuvo una magnífica idea.

—Métete aquí, en el bombo.

Angela obedeció y Masetto se colocó de forma que sus anchos pantalones ocultaban la desgarradura del bombo.

Llegó el guardia.

—¿Han visto ustedes pasar a una muchacha corriendo?

—Sí, guardia. La hemos visto pasar hacia allí—repuso Masetto.

—¿Hacia allí?—preguntó el guardia.

—Sí, señor. Por cierto que es ligera, la condenada. Más que correr, parecía volar.

—¿Es una liebre! — exclamó el polizonte.

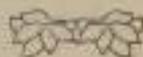
Y echó a correr en la dirección que Masetto le había indicado.

Al día siguiente partía la farándula en dirección de un pueblo próximo, de la costa.

Y en la compañía había una persona más: Angela.

Sola ya en la vida, ¿qué le importaba permanecer aquí o residir allí?

El caso era estar lejos de aquel terrible guardia de mirada dura y penetrante, que se había empeñado en perderla.



II

Dentro del carro, y mientras los compañeros trabajaban, María, una pitonisa de baratillo, echaba las cartas a la nueva artista de la compañía.

—Las cartas dicen que pronto llegará el galán de tus amores.

—¡Bah! — repuso Angela— Ni llegará el galán, ni lo necesito. No quiero amores. Fuera dolores de cabeza.

—El amor es la felicidad. Angela.

—Puedo asegurarte que no da más que disgustos.

—¡Qué sabes tú! Eres muy joven aún para comprender por intuición un sentimiento tan hermoso.

—Soy muy joven, pero no he hecho más que sufrir. Y cada año de

sufrimiento, vale por cinco de bienestar. Ya ves, María, si tengo motivos para comprender las cosas y para desconfiar de la felicidad.

—Pues del amor no podrás librarte, amiguita. Ninguna mujer puede zafarse de él.

—Lucharé y triunfaré. Te lo aseguro.

—Pues, puedes ir preparándote para la lucha, porque el enemigo está muy cerca. Así lo han dicho las cartas.

En este instante, la faz compungida de Masetto apareció por la puercecilla del carro.

—Ven pronto, Angela. Esta tarde no hay medio de atraca a la gente. Se ha llevado todo el público uno de esos pintores relámpagos

que se ha introducido en nuestros dominios.

Angela acudió al punto a la llamada de Masetto. Sabía ya por experiencia lo que la falta de público significaba. Otras noches se había acostado la compañía sin cenar, y eso no podía ella consentirlo.

Salió, pues, y comenzó a lucir sus rudimentarias habilidades. Pero ni su simpatía, que, desde que formara parte del circo, venía siendo la mayor atracción, logró restar un solo espectador al pintor-relámpago.

Era éste un joven de aventajada estatura y rostro simpático, pero ello no atenuó el rencor y la ira de Angela, la cual, suspendiendo de súbito su trabajo, se dirigió a él y le increpó:

—Hemos sido nosotros los primeros en llegar aquí. Por lo tanto, váyase a pintar a otra parte y no nos robe el público, que nos pertenece.

El pintor nada repuso. Todo lo que hizo, fué fijar su mirada en el bello rostro de la joven, al mismo tiempo que sus labios se quebraban en una sonrisa de complacencia.

La sonrisa acabó de descomponer a Angela, la cual levantó la voz en

la medida que le permitían sus pulmones.

—Ese público es nuestro. ¡Nuestro! ¿Lo oye usted? Y usted un mentecato que nos lo está robando.

Y el pintor sonreía, sonreía...

—¡Oh, qué hombre tan estúpido!

Y dió media vuelta para marcharse; pero con tan mala fortuna, que los vuelos de su faldilla se enredaron al caballete, éste cayó, sus pies tropezaron en él, y también Angela cayó, haciendo una pirueta que no estaba incluida en el programa.

Avergonzada, se puso en pie con tanta rapidez como había caído, y entonces vió — ¡oh destino cruel e implacable! — que el enganchón había producido en su falda una larga desgarradura.

Esto la cegó, y, comprendiendo que en su repertorio no había palabras para borrar la sonrisa de "aquel pintamonas", cogió el cuadro, lo colocó en una posición calculada y lo pisoteó con tanta irreverencia como furia.

Peró — ¡oh, sorpresa! — tampoco aquel hombre dejó de sonreír.

Y Angela hubo de quedarse con su desesperación y volver al lado

de Masetto para confesarle su fracaso.

Pero he aquí que al llegar se dió cuenta de que el pintor y todo su público la seguían, por lo cual se apresuró a continuar su trabajo.

Jamás tuvo la compañía de Masetto un éxito tan resonante, y jamás oyó Angela aplausos tan ruidosos como los que le tributó el pintor ambulante desde la primera fila de las masas espectadoras.

Más tarde, cuando Angela estaba ya recogida en el carro y sólo María la acompañaba, tuvo la joven la ocurrencia de abrir el ventanillo, y

lo primero que se tropezó su mirada fué aquel rostro bondadoso y sonriente, aquella gentil figura del hombre que horas antes habís logrado sacarla de sus casillas.

Al punto recordó la muchacha su ridícula caída, la desgarradura de su traje y, cerrando el ventanillo ruidosamente, exclamó:

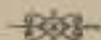
—¡Qué insolencia!

—¿Qué te pasa? — le preguntó María.

—Ese pintamonas, que pasea alrededor del carro.

Y María sonrió y repuso:

—¿Lo ves? Es el amor que llega



III

La farándula iba a partir. Sólo María y Angela estaban en el carro. En el camino recogerían a Beppo y a Masetto.

Pero he aquí que el primero se presentó de súbito.

—No he tenido paciencia, María. Me torturaba el anhelo de verte.

—¿Dónde has dejado a Masetto?

—En la venta del comienzo del camino.

—Por media hora, bien podías haber esperado.

—María, tú no sabes lo que es para mí media hora cuando no estoy a tu lado.

Angela tuvo un mohín de disgusto. Ya empezaba a fastidiarla la pareja, con su empalagoso amor.

Dijérase que lo hacían adrede.

Esperaban a que ella estuviera de iante para decirse todas aquellas necedades que la sacaban de quicio:

—¡Mi amor!

—¡Amor mío!

—¡Mi vida!

—¡Vida mía!

—¿Me querrás?

—Siempre. ¿Me querrás tú?

—Mientras viva.

Con una nerviosa carcajada, exclamó la joven que no quería amar:

—¡Sois insoportables!

Y Beppo le propuso:

—Es hora de partir, Angela. ¿Quieres guiar tú? Tengo que hablar con María antes de recoger a Masetto.

—¡Ya lo creo que guiaré! Por no veros a vosotros, se puede pagar.

Y salió al pescante, cogió las riendas y fustigó a los caballos con una crueldad de la que, realmente, eran culpables Beppo y María.

Tenía prisa por llegar a la venta para que Masetto pusiera fin al idilio y tener ella con quien hablar y distraerse.

Pero no habría recorrido el coche una veintena de metros, cuando se encaramó al pescante, saltando con una agilidad que ya hubieran querido para sí tanto ella como cualquiera de sus funambulescos camaradas, el insolente e irritante pintor.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntó Angela.

—Ahora, nada. Ya lo ve usted.

—Pues, yo le voy a dar un quehacer. Bajo del coche y váyase con viento fresco.

—No puedo, señorita.

—¡Oh, me molesta usted extraordinariamente!

—Lo lamento.

El pintor sonreía con aquella su irritante bondad.

—Detendré el carro y no continuaré la marcha hasta que le pierda a usted de vista.

—Gino no puede separarse ya de este carro, señorita.

—¿Quién es Gino?

—Scrvidor.

Y dió varias chupadas consecutivas a la pipa, para evitar que se le apagase.

—¡Le detesto a usted! — exclamó la muchacha, abriendo terriblemente sus grandes y dulces ojos.

—Ello me apena profundamente, señorita.

—No tiene por qué apenarse. ¿Qué de común hay entre usted y yo? A mí no me importaría que un desconocido, por ejemplo, me detestara.

—Es que entre usted y yo hay algo de común.

La ira dió paso al asombro en los ojos de Angela. Tal era su estupor, que no supo qué replicar.

—Sí, señorita, hay algo de común entre usted y yo. Formo parte de la compañía.

—¡Bah!, no lo consentiremos y se tendrá usted que marchar.

—No me irá. Para irme, tendría que llevármela.

—¿A quién?

—A usted.

De nuevo se envolvió en el humo de la pipa.

Angela optó por echarse a reír.

—Ni me gusta usted, ni me gustan los pintores, ni me gustan los cuadros, ni me gusta su pipa.

—¿Qué clase de hombre es su ideal?

—Para mí no hay ningún hombre ideal. Los detesto a todos en la misma medida.

Y tratando vanamente de borrar aquella dulzura que era el constante adorno de su mirada, añadió:

—Pero, sobre todo, me revientan los pintores.

Gino promovió una nueva humareda.

—Pues yo he de pintarla, y sólo con esa idea me he sumado a la compañía.

—Gracias; pero prefiero las fotografías a las pinturas.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, un calofrío sudó sus hombros.

Gino, con la mayor naturalidad, se quitó la americana y cubrió con ella la espalda de la joven.

Y aquella prenda, que sólo llegaba a la cintura de Gino, cubría a

Angela hasta las rodillas, y hubiera podido dar dos vueltas a su cuerpo.

—Pues, sí. Deseo pintarla. Hay algo en usted que atrae irresistiblemente a mis pinceles.

Pero Angela no le oía. Miraba alternativamente al chaquetón y a su dueño, sin poder evitar un movimiento de gratitud al experimentar la cálida y dulce reacción que la holgada prenda produjo en su cuerpo.

Por otra parte, costaba gran trabajo ser cruel con Gino. La insolencia del pintor, no era la grosera insolencia de los tenorios callejeros. El artista hablaba, no con presunción, sino con ingenuidad, y sus palabras iban siempre acompañadas de una dulce e infantil sonrisa.

Realmente, iba a ser muy difícil seguir detestando a Gino.

—Veo que no entra usted en calor. Váyase dentro. Ya me cuidaré yo de conducir.

—No. No puedo entrar.

—¿Por qué?

—Porque dentro están Beppo y María.

—¿Y eso qué importa?

—Beppo y María son novios.

—Me parece muy bien.

—Y a mí, el amor me revienta.

—¿Sabe usted lo que es amor?

—No. Ni me hace falta saberlo.

—Le hace falta, para corregir la opinión que tiene usted de él. El amor es bueno, porque es ternura, abnegación, sacrificio, porque convierte en generosa al alma más cruel. El amor... Deme usted las riendas y váyase dentro. Está usted temblando.

Le arrebató las riendas y la empujó hacia la puertecilla.

Angela pensó:

—Está visto que es necesario obedecerle.

Y obedeció. Beppo y María seguían absortos en su "locura".

—¡Amor, amor!... — pensó Angela.

Y ya no le fué odiosa la embriaguez de los enamorados compañeros.



Otro pueblo. Una cumbre, y, al fondo, el puerto. En aquella meseta, centro de la pequeña ciudad, sentó sus reales la farándula.

Gino formaba parte de la compañía. Pintaba y ganaba. Todos le querían por su bondad... y por sus rendimientos.

Todos se lo demostraban.

Todos, menos la mujer por quien él estaba allí.

Ojalá Angela silbar, silbar siempre, y ello, no sabía por qué, la irritaba.

Aquella mañana, el pintor se levantó con la aurora e instaló su caballete junto al ángulo que formaba el camino con la ladera del monte.

¿Qué pintaría? En vano buscó modelo satisfactorio. Y era el caso que su alma sentía un insaciable anhelo de pintar.

Pero, ¿pintar qué?

Contempló el mar, allá abajo, la ciudad recogida al pie de la montaña, el horizonte azul...

Y nada le satisfacía.

Todo era poco para su alma sedienta de belleza.

De súbito, oyó una voz inconfundible.

—Siempre está usted silbando lo mismo. ¿Es que estoy condenada a no poder dormir?

Se volvió. Era Angela.

—¡Oh, Angela! Ahora comprendo por qué no me satisfacía el mar,

el cielo ni el horizonte. Ahora lo comprendo. Quería pintarla a usted. Necesitaba pintarla a usted.

Angela se encogió de hombros.

—Hoy me siento transigente. Haga usted lo que quiera. ¿Dónde y cómo me he de colocar?

—Aquí. Siéntese usted sobre esta piedra. Así, el fondo será el azul del cielo. Así, tendrá usted por fondo lo que le corresponde.

Angela se sentó.

—Me va a ser muy difícil pintarla. Una máscara oculta su alma verdadera.

—¿Cree usted?

—Tengo la evidencia. Bajo su aspecto desdenguado, está el amor, bajo su actitud indiferente está la ternura.

—¡Bah! Es usted un soñador. Pínteme como me vea y no se preocupe.

—Trataré de hacerlo.

Y comenzó la sesión.

Una hora después, Angela se levantaba de la piedra con los miembros entumecidos.

Quiso ver el cuadro.

Pero Gino se apresuró a cubrirlo con un lienzo.

—No. Ya lo verá usted cuando esté concluido.

Al día siguiente, se repitió la tediosa sesión, y al otro, y al otro.

Pero, al fin, díjole el artista:

—Mañana, cuando venga usted, ya estará el cuadro concluido.

—¿Y podrá verlo?

—Y podrá verlo.

—Gracias a Dios. Creí que no iba a llegar nunca ese feliz instante.

—Pues ya ha llegado.

Al día siguiente, al levantarse, al salir del carro y ver a Gino sentado sobre la piedra en que ella siempre se sentaba, preguntó:

—¿Ya?

—Ya.

Angela palmoteó alegremente. Aquella mañana invadía su cuerpo una injustificada alegría.

—Póngase usted aquí.

Y la colocó a la distancia y en la forma que su pupila de artista juzgaba más adecuada.

Descubrió el lienzo.

Una espontánea exclamación brotó de los labios de Angela.

—¡Oh, es precioso, magnífico!

Después la dominó extraña pesadumbre.

—Pero no soy yo, Gino, no soy yo...

En efecto, aquella imagen, siendo una reproducción exacta en líneas y proporciones, siendo exteriormente idéntica a la joven artista, no era ella. El áspero mohín que acompañaba siempre a las palabras de Angela, la expresión forzosamente hostil de sus ojos, habíanse convertido, al ser trasladados por Gino al lienzo, en sonrisa de dulcísima tristeza, en mirada luminosamente apacible.

Aquel rostro correspondía, más que a una mujer de la tierra, a una virgen del cielo.

Por eso dijo Angela:

—No soy yo, Gino, no soy yo.

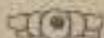
Y por eso repuso Gino:

—Lo eres... para mí.

Y toda la hostilidad de Angela fué vencida.

De aquí que la muchacha, enlazando las manos y contemplando a Gino con ternura, exclamara:

—Así me ves tú, y así quisiera que me vieras siempre.



—¿Me amarás siempre?

—Siempre. ¿Y tú a mí?

—Antes morir que dejar de amar-te.

Y todas aquellas frases que antes tan cursia le parecían, brotaban ahora espontáneamente del corazón de Angela y eran escuchadas con embeleso por ella, cuando las pronunciaban los labios de Gino.

El amor había llegado. Breve y ligera fué la lucha. El corazón de la mujer era demasiado débil para soportar los certeros embates de Gino. Apenas hubo lucha. Se entregó en seguida. Gino había sabido leer en su alma, y esto le hizo pensar que un hombre así la haría dichosa. No era posible rechazarle. No había en Gino nada en que An-

gela pudiera apoyar su desprecio. Además ¡aquella mirada turbadoramente apasionada... aquella sonrisa dulce y buena... aquel pecho viril y generoso!..

¡Imposible! No amar a Gino, imposible.

Por eso ahora se dejaba aturdir por sus palabras. Por eso permitía a su corazón convertir en frases ardientes el sentimiento que lo hacía palpar con desenfundada violencia, por eso...

—¡Vive Dios! Si has de besarle, bésale, pero pronto.

La voz recia de Masetto había roto el encanto del idilio. Angela se volvió y contempló al director furiosamente.

—¡Estúpido!

—Comprende Angelita que el público está esperando—se disculpó Masetto.

—¡No quiero comprender nada! ¡Vete al diablo!

Y Angela se dirigió a la improvisada pista.

Gino, riendo del furor de su amada, avanzó unos pasos por el camino que formaba una espiral alrededor del monte y se detuvo enfrente mismo de la pista.

Vió como, de súbito, la expresión siniestra de Angela convertíase en amable y risueño gesto al aparecer ante la masa espectadora.

Angela en la pista, corría y saltaba como un pajarillo. Encantaba al pintor la ligereza de aquel cuerpo; la gracia de aquella movilidad. Y, con la pipa entre los dientes, se entregó al goce que la contemplación del espectáculo le producía.

Llegó el momento en que Angela se encaramaba a unos zancos altísimos. Bien medirían tres metros. Era el número sensacional. Angela no hacía sino dar unos pasos y repartir algunas sonrisas desde la altura, pero ello era suficiente para

que el espectáculo despertara toda la admiración de Gino.

Oyó de súbito el pintor una voz a su espalda.

—Es una muchacha encantadora.

Se volvió. Eran dos polizontes. Gino sonrió satisfecho.

Angela, desde lo alto de sus zancos, comenzó a buscar con los ojos a Gino. Lo halló al fin, y el hallazgo le produjo dulcísima emoción. Después, sus ojos se desviaron hacia los guardias, y su semblante experimentó un sensible cambio.

A su mente acudió un suceso ya olvidado. Una trágica noche... su madre enferma... una receta... y una fuga a través de las angostas callejas napolitanas...

Después, el cadáver de su madre y una nueva fuga, más desesperada aún que la anterior...

Primero fué el triste recuerdo lo que conturbó su alma, después... una idea, una convicción terrible: la de que la justicia la andaba buscando.

Todo delincuente fugitivo es perseguido tenazmente por la ley, por fugitivo y por delincuente.

Y aquellos guardias...

La miraban, la miraban fijamente. En aquel instante de turbación, su espíritu rechazó la idea de que los polizontes contemplaran a la artista y no a la burladora de la ley.

Su imaginación puso en los ojos de los guardias una amenaza que no existía. La cogerían, la llevarían a la cárcel, y Gino...

Al pensar la impresión que ello produciría a su amado, el juicio que este hecho le haría formar sobre ella, una especie de fina niebla veló sus ojos y se introdujo en su cerebro, impidiéndole ver y pensar con claridad.

El público quedó sorprendido por la palidez y la torpeza de la artista.

El propio Gino, exclamó:

—¡Oh, va a caer!

En efecto, vacilaba cual si estuviera ebria.

El temor de Gino se comunicó a la multitud y un sordo murmullo primero y un grito de emoción después acabaron de aturdir a Angela...

La cual fué inclinándose, inclinándose hacia adelante, y cayó, chocando violentamente contra el suelo.

Gino corrió, corrieron los guardias, corrió toda la gente.

Pero fué el pintor el primero en inclinarse sobre ella.

—¡El pie, el pie!—lamentábase la joven.

Y Gino asió el menudo pie con ambas manos y lo movió en todas direcciones, arrancando a Angela gritos de dolor.

—Tiene el pie dislocado—dijo.

—¡Qué compromiso!—exclamó Masetto.

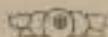
—¿Por qué?—inquirió Gino.

—Porque el médico más próximo está a unos cuantos kilómetros de aquí.

—Sin embargo—repuso el pintor—Angela tendrá el médico que necesita.

Y la cogió en brazos cuidadosamente, y le dijo:

—Dentro de media hora estaremos en casa del médico.



IV

Para colmo de desdichas, la compañía había de partir al día siguiente y Angela no estaba en condiciones de seguirla.

A cada paso lanzaba un grito de dolor, y había de ser Gino el que le evitara este calvario llevándola en brazos constantemente.

—¿Qué hacemos, Gino?

—Nos quedaremos aquí hasta que estés completamente curada. Después nos iremos a Nápoles.

—A Nápoles, no — se apresuró Angela a replicar.

—¿Por qué?—preguntó Gino con extrañeza.

Y Angela experimentó un absurdo temor de que Gino leyera en su rostro el motivo de su aversión a Nápoles.

—Por nada—balbuceó—. Es que Nápoles... la verdad... ¡me han sucedido allí tantas desdichas! Es en Nápoles donde mi madre murió.

—¡Bah! Ya cambiarás de idea cuando veas que Nápoles lo mismo sirve para quitar la felicidad que para darla. Allí tendré encargos, trabajo, mucho trabajo. Y ganaré dinero. Y nos podremos casar para ser muy felices, muy felices...

Una nueva negativa de Angela aumentaría la extrañeza y despertaría el recelo de Gino.

Por eso respondió:

—Está bien. Iremos a Nápoles.

En el puerto se reunió toda la compañía. Gino y Angela para despedir a sus compañeros. Los demás, para marchar.

Cuando correspondió el turno a Masetto, Ángela le dijo:

—Adiós, amigo mío. Y gracias... gracias por todo.

Pocos días después llegaba la pareja a Nápoles.

Alquilaron dos humildes habitaciones y comenzaron a luchar.

Gino trabajaba, trabajaba febrilmente. Pero sus cuadros, o eran rechazados en la tienda de obras y objetos artísticos, o eran pagados tan miserablemente, que la pareja no podía cubrir sus necesidades.

La habitación de Ángela daba al hueco de la escalera y la de Gino se comunicaba con ésta directamente.

Así, pues, cuando quería ver a su amada, el artista no tenía más que abrir la puerta de su cuarto y dar una voz o un silbido. Ángela asomábase al punto a la ventana.

A la hora de comer estaban siempre juntos.

Uno y otro habían concluido sus respectivas tareas y dedicaban aquel momento a soñar.

Nunca faltaban los sueños. De lo que solían carecer alguna vez era de comida.

En aquella hora Gino era millonario. Pintaba los cuadros más asombrosos del mundo y le pagaban por ellos cifras enormes. Sus obras ocupaban siempre el puesto de honor en las exposiciones. El público se amontonaba ante ellas y todo el mundo le señalaba con el dedo cuando pasaba por la calle.

—Mirad, ahí va el gran Gino.

Todo esto soñaba el pintor a la hora del yantar. Pero después la cruda realidad se imponía a sus sueños; después venían las inútiles caminatas en busca de comprador, las bochornosas ofertas mediante las cuales los vendedores de cuadros daban a entender a Gino que una obra suya no valía más de una cena.

Pero Ángela no se arrendaba por eso. Era diestra en la lucha con la miseria, y jamás se dió el caso de que a la hora de la comida, faltara algo alimenticio sobre la mesa.

El carbonero, el dueño de la tienda de ultramarinos, el bodeguero, se negaban a seguir fiándole, pero siempre hallaba Ángela las palabras precisas para convencerles.

La que no se dejaba convencer

era la patrona. Tratábase de una iracunda señora que les daba un mitín diario y que profesaba al arte idéntica aversión que a los inquietos morosos. Y ella fué la que impulsó a Gino un día a exclamar:

—Angela. No tendré más remedio que vender tu retrato. Es la única obra que ha despertado verdadero interés en esa especie de usureros del arte.

—¡Oh! No lo puedo consentir. No porque sea mío, sino porque representa una profanación para nuestro amor.

—Hazte cargo, Angela. Esta noche no habrá cena, y mañana no habrá comida si no vendemos el retrato. Lo hago por tu bien. No quiero verte sufrir.

—Haz lo que quieras. Me es indiferente.

Pero bajo aquella máscara de frialdad y de dureza, Gino sabía siempre leer los verdaderos sentimientos de Angela.

No se había curado aún la joven de aquella amargura, de aquel antiguo mal que le impedía mostrarse tal como era, aunque cada vez

tales brusquedades aparecían con menos frecuencia.

Después solía arrepentirse de haber tratado con dureza a Gino y, si bien no le pedía perdón abiertamente, contrarrestaba los efectos de su mala acción con una broma o una dulzura, de la que realmente Gino no necesitaba para saber la verdad de lo que sucedía en el alma de Angela, ni para amarla más, porque eso era imposible.

Cogió, pues, el querido cuadro y se lo llevó a casa de uno de los compradores que en otra ocasión habían demostrado interés por él.

El mercader le recibió con un gesto despreciativo.

—¡Bah! Ya no me interesa. Tengo muchos retratos de mujer.

—Yo sé que eso no es cierto. A usted le interesa. Y si no lo compra en seguida, me iré inmediatamente a ofrecérselo a otro.

—Bien. Hablemos claramente. Puedo darle por el cuadro cien liras.

—No me conviene.

—Es todo lo que puedo darle.

Gino fué a cargar de nuevo con el cuadro, pero una idea le detuvo.



¡Fingir que era una mujer de la calle!



Se aproximó a un obrero, le guiñó un ojo...



-Inótil foé que contara al ñuez...



De súbito, oyó voces en la calle.



Angela obedeció...



Gino forma parte de la compañía.



...fué el pintor el primero en inclinarse sobre ella.



...apareció en el marco de la ventana...

El otro comerciante, y el otro, y el otro, le ofrecerían a buen seguro menos de cien liras. Los conocía a todos y sabía lo que cada uno daba de sí.

¿Para qué, pues, molestarse en perder una hora más y en afrontar la humillación de nuevas ofertas?

Por eso repuso:

—Vengan las cien liras.

Dióle el comerciante dos billetes y, apenas traspusiera Gino el umbral, exclamó, dirigiéndose a su esposa, que había sido testigo de la escena:

—Una verdadera ganga. Giacomo convertirá esta tela en una obra maestra que nos valdrá algunos millares de liras.

Pero Gino ya no pensaba sino en la alegría que aquellas cien liras iban a reportar a Angela. Aquellas cien liras servirían, cuando menos, para quitarse de encima la pejiquera de los acreedores.

Ante todo compraría la cena. Un poco de queso, otro poco de cualquier cosa. Pan, vino... Y colores. No tenía pinturas. Esto era lo esencial...

—Pan, vino, queso, colores...

Pero al llegar a la plaza de las flores, el perfume embriagador de ellas, le aturdió y le hizo olvidar.

Una florista se acercó a él y le ofreció una rosa de té magnífica, de maravillosas tonalidades que nunca podría reproducir con los pinceles.

—¿Qué vale esa flor?

—Cinco liras.

Pensó en Angela. Era la flor que más se parecía a ella. Angela, en el fondo, era una deliciosa y delicada flor de té.

Como hipnotizado, sacó las cinco liras y se las entregó a la vendedora. Ya no pensaba, ya no podía pensar que con aquellas cinco liras tenía suficiente para el pan, para el queso y para el vino.

Se dirigió hacia su casa oliendo y contemplando la flor.

Su idea fija no era ya "no hay dinero para la cena", sino una flor para Angela.

Mas al llegar a la puerta de su casa, un hombre le salió al encuentro.

—Señor, si no me paga usted el carbón que me debe, le denunciaré.

Gino, saliendo bruscamente de sus ensueños, inquirió:

—¿Cuánto se le debe?

—Quince liras.

—¿Tiene usted cambio?

—Sí, señor.

Y Gino entregó el billete.

Al ver el dinero, acudieron los demás acreedores con el ansia de la abeja que distingue el panal después de vagar perdidamente mucho tiempo.

Y Gino no tuvo bastantes manos para atender a las demandas y a las exigencias.

Le dejaron con unas cuantas liras, muy pocas, en el bolsillo.

Pero conservaba también la rosa de té, la magnífica flor con la que pensaba enloquecer a Angela.

Por eso no le contrarió el verse de nuevo en la indigencia. No podía dar cabida en su mente a dos ideas tan contradictorias: la rosa de té y el queso.

Y puesta su mente en el trance de elegir, escogía aquella y desdeñaba éste.

De aquí que subiera las escaleras de la casa con excelente disposición de ánimo.



• • •

Entretanto, Angela sostenía encarnizada disputa con la patrona.

—Ya no puedo esperar más, ya no quiero esperar más—decía desde la escalera—. O me pagan ustedes, o van a la calle. ¡Pues no faltaría más!

—Le aseguro que hoy le pagamos. Gino ha salido a vender un cuadro.

—La de siempre. Gino sale a vender un cuadro y regresa de vacío. ¡Lo que tenga que cobrar yo de los cuadros!

—El de hoy es un cuadro excepcional, una verdadera obra de arte. Le darán por él una fortuna.

—¡No me haga usted reír! ¿Una fortuna por un cuadro? ¡Es usted una pobre ilusa!

En este momento, pasó Lisetta por el lado de la patrona.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita. ¿Hace mucho frío? Debía usted abrigarse mejor; se expone a coger un enfriamiento. Y no hay cosa más temible para la salud.

Angela, al ver a Lisetta, se retiró de la ventana. Lisetta era vecina suya y de Gino. Tenía un cuarto semejante al de ellos, aunque mejor cuidado y arreglado, y observaba una conducta que toda mujer honrada había de reprochar.

Salía sola de noche y no volvía hasta la madrugada. Unas veces venía acompañada, otras sola. Lisetta, en fin, era una de esas mujeres que,

acaso porque no saben amar, hacen del amor un negocio.

Por eso se retiró Angela cuando Lisetta entablió conversación con la portera, sin otra intención que la de hacer amistad con Angela.

Varias veces lo había intentado, pero otras tantas la honorable joven había sabido impedirlo.

Gino era de su misma opinión.

—No nos conviene la amistad de esa mujer—le había dicho muchas veces—. Sólo nos ocasionaría humillantes conflictos.

Por eso Angela se retiró cuando vió que Lisetta hablaba con la patrona, y por eso le dijo ésta:

—No haga usted remilgos cuando pasa por su lado una muchacha como Lisetta. Menos pretensiones y más ganas de pagar. Todavía no se ha retrasado Lisetta una sola vez.

—Deseos de pagar no nos faltan ni a Gino ni a mí. Se lo aseguro, patrona. Pero, a veces, todos los buenos deseos se estrellan contra la fatalidad.

—Lo mismo es usted que él. Sólo saben hacer frases. Pero no hay medio de cobrarles un céntimo.

—Le aseguro a usted que esta noche..

—Y yo le aseguro que como esta noche no me paguen, mañana duermen ustedes al fresco.

Este fué el momento en que Gino subió, después de haber sido saqueado por los acreedores.

La patrona se abalanzó sobre él.

—Si no me pagan, mañana duermen al relente. Ya se lo he dicho a la señorita.

Gino le dirigió una mirada llena de desprecio, hurgó distraídamente en su bolsillo y entregó a la patrona un puñado de lirss, casi todas las que le quedaban.

—¡Oh, señor; permítame que le felicite! Es usted un gran artista.

Pero Gino no le hizo el menor caso. Todo su pensamiento, su alma toda estaba pendiente de aquella rosa de té y de la grata impresión que a Angela iba a producir.

No fué a su cuarto. Se dirigió recatadamente hacia el de Angela.

—Angela...

—Gino...

La joven cruzó las manos dando gracias a Dios.

—¡Gino!... ¡Por fin!... ¡Unos días de tranquilidad!

—Mira lo que te he comprado, Angela. Esta rosa se parece a ti.

—¿En qué?

—En algo que no se ve y que está dentro de ti como está dentro de ella. Esta flor tiene una misteriosa dulzura, una suavidad inconcreta que produce las más altas y bellas emociones. En las obras de arte sucede algo parecido. Producen una emoción determinada, y uno se pregunta ¿por qué? ¿dónde está la causa? ¿dónde está el punto del cual emana esa emoción?... Y no lo halla, no lo hallará nunca... Está oculto como los misterios divinos.

—¡Oh, Gino! ¡Cuánto me quieres!

—¡Y cuánto me quieres tú a mí, Angela mía! En vano tratas algunas veces de ocultar, de disimular ese amor; en vano adoptas actitudes opuestas a tu verdadero sentir, en vano me diriges reproches y me envuelves en tu forzada frialdad... Tú me amas y yo lo sé.

—Gracias, Gino, gracias por la rosa.

Y la cogió, la olió, la besó, la acarició como si de un ser vivo se tratara.

Después lanzó un suspiro y preguntó con una transición:

—Pero volvamos a la realidad, amigo mío. Veamos qué has comprado.

—¿Qué he comprado?

—Sí, ¿qué has comprado... además de la flor?

Puede decirse que hasta entonces no volvió Gino a la realidad.

—Pues... pues... — balbuceó— no he comprado nada.

—Así, pues, ¿no hay cena?

—Perdóname, Angela. Me he olvidado.

—¡Ah, cabeza loca!

—Pero eso tiene remedio.

Y se dirigió hacia la puerta, dispuesto a remediar el olvido haciendo las compras que debía haber hecho ya.

Pero Angela le detuvo.

—No, déjame a mí. Ya iré yo. Bastante has trajinado tú, mientras yo estaba bien descansada en casita. Dame el dinero.

Una vez más, Gino se llevó la mano al bolsillo; pero, ahora, no para

sacar una cantidad determinada de monedas, sino todas las que tenía.

Y todas las que tenía eran cuatro ¡cuatro liras!

El rostro de Angela cambió de expresión. Abrió deasmesuradamente los ojos.

—¿Eso me das?

—Es todo lo que me queda.

—¿Cómo es posible? ¿Por cuánto has vendido el cuadro?

—Por cien liras.

—No me lo explico.

—Mira, Angela.

Y Gino condujo a su amada a la ventana de la escalera que daba a la calle.

Todavía estaban a la puerta todos los acreedores, comentando el extraordinario suceso que para ellos representaba el haber cobrado de Gino.

—¿Ves? Los acreedores, querida mía. Después de eso, ¿cómo quieres que me reste de las cien liras más de lo que te he dado?

—¡Oh! — exclamó Angela con un gesto en que se mezclaban la ira y el reproche— Te han engañado, se han burlado de tí. ¿No comprendes que se han burlado de tí?

—No lo comprendo, Angela. Me han reclamado lo que les debía. ¿Puedo considerar esto una burla?

—Naturalmente. Se paga. Hay que pagar. Así lo hacen las personas honradas. Pero no hasta el punto de quedarse sin dinero para comer. Dejarse morir de hambre es un suicidio. Y los suicidas no tienen justificación para el cielo. Paga una lira menos a cada uno de tus acreedores y tendrás para alimentarte, para vivir.

—No he reparado, Angela. Perdóname.

—¡Siempre el perdón en los labios! ¡Eres insoportable, Gino!

Y le volvió la espalda, salió y cerró tras ella la puerta violentamente.

Era ya demasiado para el sensible corazón de Gino. Sabía que, en el fondo, Angela no era así; pero esta vez, al tropezar su mirada con la rosa que él con tanta ilusión había entregado a su amada, y que ésta, en su raptó de ira, había arrojado al suelo, no pudo evitar que una profunda angustia le poseyera y, cubriéndose el rostro con las manos, se echó a llorar como un niño.

Angela, tras el portazo, se detuvo. Ella fué la primera en sobresaltarse. Y aunque no había visto a Gino llorando, su corazón la dijo que lloraba. Sólo en lágrimas podría resolverse aquel angustioso gesto con que vió cómo ella arrojaba desdeñosamente la rosa de té.

—¡Pobre Gino! — pensó— ¡Con tanta ilusión como la habrá comprado!

Obedeciendo a un repentino impulso al que hubiera sido incapaz de sobreponerse, dió un paso atrás, apareció en el marco de la ventana, que daba a la escalera, y recogió la rosa, marchándose apresuradamente al sorprenderla Gino.

—¡Pobre Gino! ¡Qué bueno es! ¡Cuánto le quiero! — iba pensando al cruzar la puerta de la calle.

Se dirigió a la carbonería.

—Pronto. Dos kilos de carbón.

Y, sobre no pagarlos, se permitió dirigir al carbonero una mirada rencorosa. Lo mismo hizo en la tienda de ultramarinos, y en la panadería.

¡Ah, infames! ¿Se habían creído que iban a dejarla sin cenar?

Y, al regresar, saludaba a todas sus amistades, muy ufana. Ya tenía

cena para ella y para Gino. Ya podía hundirse el mundo.

Lo que no vió Angela es que un gendarme la miraba fijamente cuando cruzaba la plazuela donde tenía principio la escalera exterior de su casa.

Era Neri, el policía que había sido detenido en el instante del fatídico robo y el que después, al fugarse de la cadena de presos, había sido perseguido por todo Nápoles.

Neri no la había reconocido, pero trataba de reconocerla. De aquí que la contemplara con aquella osadía y aquella fijeza, y de aquí que frunciera el entrecejo con ese gesto inconfundible del que se esfuerza por recordar.

—¡Pero, quién es, Señor, quién es esa muchacha?

Angela, inconsciente del peligro, subió las escaleras silbando y llamando a Gino.

Este salió a recibirla.

—¡Cómo has comprado tantas cosas?

—Pues mi hazaña no estriba en haber traído muchas cosas, sino en devolver al mismo tiempo las cuatro liras.

—¡Oh, Angela! ¡Eres admirable!
Cenemos en seguida. Tengo un apé-
tito feroz.

—¡Qué hermoso es eso de tener
apetito! No todos pueden decir otro
tanto.

—¡Es la juventud!

—¡Es el amor!

—¡Pues a la mesa!

—¡A la mesa!

Y en un santiamén estuvieron
listos. El hambre les movió a subs-
tituir las palabras por bocados.

Cuando concluyeron, Gino se re-
costó en el viejo sofá.

Angela, sin necesidad de que el
amado se lo pidiera, le llevó la pi-
pa, se la colocó en la boca y la en-
cendió.

Fueron unos momentos delicio-
sos. Bien amado, cerca de Angela
y fumando su pipa. ¿Podía pedirse
más?

—Señor gigante. ¿Cómo es que
no se ha quitado usted las botas?
¿Es que hoy no le molestan?

—Sí, Angela; pero esperaba a ver
si tú...

—Comprendido. El hombretón no
tiene fuerzas y reclama la ayuda de
la mujercita.

—De la encantadora, de la incom-
parable mujercita.

—Y ésta, que quiere mucho al
hombretón, accede.

Y emprendió la dura y difícil ta-
rea de quitarle a Gino las botas y
los calcetines para ponerle las al-
pargatas.

Después de luchas sin cuento,
consiguió ver realizado su propó-
sito, dirigiéndose acto seguido ha-
cia la ventana, cual si fuera vera-
no y buscara alivio a sus sudores
en la frescura del aire libre.

Pero he aquí que, de súbito, un
fatídico sentimiento se apoderó de
ella. Y permaneció inmóvil, sobre-
cogida en medio de la estancia.

Con la mirada fija en el suelo,
pensó, meditó...

Y Gino, al verla en aquella acti-
tud, acercóse a ella.

—¿Qué te sucede?

—No sé, Gino... Un triste pensa-
miento que me ha dominado de
pronto.

—¿Qué pensamiento?

—El cuadro que reproducía mi
imagen, era algo más que un cua-
dro, era una especie de ángel de

la guarda. Y ahora que no está aquí, tengo miedo...

—¿Qué niña eres! ¿Acaso no tengo aquí el modelo para pintar cuantos quieras?

—No te saldrían como aquél.

—Vaya que sí. Mi inspiración crea tú, y al ser siempre tú la misma, también ha de serlo mi inspiración. Pintaré cuantas "ángeles de la guarda" quieras.

Tranquilizada la joven por las palabras animosas de su amado, fuése hacia la ventana y se acodó en ella.

Gino acudió a su lado.

—¿Qué felices vamos a ser!

Y Angela corroboró:

—¿Qué felices!

Y la expresión de su rostro anticipaba aquella felicidad de que iba a gozar un día.

Pero, de súbito, otro cambio radical hubo de operarse en ella.

Al pie mismo de la ventana, un gendarme cogía a una joven del brazo y se la llevaba a viva fuerza.

—¡Oh, qué infamia! — no pudo menos de exclamar.

—Algo habrá hecho, Angela.

La actitud de Gino la acabó de conturbar.

—¿Quién sabe? Puede ser un error, una injusticia...

—Esa clase de mujeres son culpables siempre. El hecho de que el guardia la detenga tan rudamente, es una demostración de lo que digo.

Y como advirtiera la expresión de anonadamiento que transfiguraba el rostro de Angela, añadió:

—Tú no puedes comprender esas cosas. Es demasiado puro tu corazón. No pienses en ello.

El guardia y la detenida habían desaparecido ya camino del Juzgado. Gracias a ello, Angela pudo sobreponerse y olvidar.

—Es hora de dormir, Gino.

—Es cierto, Angela. Debemos retirarnos a descansar.

Y, como siempre, la acompañó a la puerta de su cuarto, se despidió cien veces de ella y estuvo diciéndole adiós con la mano hasta que la puerta se cerró por completo.

Después se dirigió a su cama, se echó en ella, dió varias chupadas a la pipa y se volvió a levantar.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Se fué hacia la ventana y comenzó a silbar hasta que Angela salió a la suya para darle el último y definitivo adiós.

También era una costumbre de todas las noches. Sin aquella suprema sonrisa de Angela, Gino no lograba conciliar el sueño.



Se subía las medias cuando apareció Gino.

Fue una convulsión más que un ademán lo que restituyó el borde de su falda a más abajo de su rodilla.

Y, confusa y ruborizada, se volvió de espaldas a Gino y abatió la cabeza.

Una franca carcajada la hizo mirar de reojo y ver que su amado venía esta noche con un espléndido cesto, en el que no faltaba ni el exquisito champaña.

Se olvidó del incidente y se volvió, llena de asombro.

—¿Qué es eso, Gino?

—Que somos ricos, Angela mía. Y aun lo seremos más.

—Gino, temo que hayas asaltado un Banco.

—Angela, te lo voy a decir: me han encargado de decorar el gran vestibulo del nuevo teatro de San Carlos.

—¡Oh, mi gran artista, mi gran Gino!

Y, sin darse exacta cuenta de lo que hacía, le echó los brazos al cuello.

Fue un tierno y larguísimo abrazo, en el que ambos sintieron los latidos del corazón del otro, fue un abrazo en el que, tanto Gino como Angela, entregaron todo su amor y toda su vida.

Acto seguido, el pintor cogió a la joven por la cintura, la encaramó.

sobre una silla para que ambas cabezas estuvieran a la misma altura y, sacando del bolsillo un anillo nupcial, lo colocó en el dedo de su prometida.

—¡Angela, Angela mía! — exclamó—. Nos casaremos mañana mismo.

Angela se le quedó mirando sin expresar nada a fuerza de querer expresar tanto y tan profundamente. Era aquélla una impavidez singular, en la que parecían percibirse los latidos de su agitado corazón. Era...

En vista de que nada podía decir, echó de nuevo los brazos al cuello de Gino y lo estrechó contra su corazón con tanta violencia como sus débiles brazos le permitían.

Y el largo abrazo fué interrumpido por un sollozo cuya causa quiso Gino conocer.

—¿Por qué lloras, Angela?

—¿No lo comprendes? — repuso ella entonces—. Lloro de felicidad.

La volvió a coger Gino de la cintura y la bajó de la silla.

—Veamos lo que hay dentro de la cesta.

Y comenzaron a sacar las bote-

llas de vino generoso, los deliciosos manjares, que eran una deliciosa promesa para ambos.

En esta alegre tarea se hallaban enfrascados, cuando sonó una llamada en la puerta.

Gino, ni siquiera hizo caso. Continuó celebrando el acierto de su propia compra y colocando el contenido del cesto sobre la mesa.

Angela, también alegremente, se dirigió a abrir.

Pero su semblante cambió radicalmente, al ver quién era el que había llamado.

Ante ella, rígido y terrible, con una dura inmovilidad en sus facciones, estaba Neri, el polizonte fatal, el que una noche la prendió, persiguiéndola más tarde por las tortuosas callejas de un suburbio napolitano.

Su instinto la impulsó a salir y a cerrar tras ella la puerta para que Gino no pudiera oír ni ver nada.

De nuevo su rostro mostraba aquella impavidez de que otra gran emoción, tan intensa como ésta, pero también absolutamente distinta, habíale cubierto momentos antes.

Sus ojos estaban fijos en la faz del gendarme, el cual sonrió al decirle:

—Me había propuesto reconocerla y la he reconocido. Amiguita, esta clase de fugas nunca salen bien. Más tarde o más temprano, la policía demuestra que sabe cumplir con sus deberes profesionales.

Y la cogió de un brazo y la arrastró consigo.

Angela, como hipnotizada, se dejó conducir hasta el último escalón sin resistencia alguna. Pero al pisar el suelo de la calle reaccionó y se negó a dar un paso más.

—No puedo marcharme así. Compréndalo usted. Está él arriba.

—Lo siento por usted y por él, amiguita; pero no hay otro remedio. La Ley es la Ley.

Y volvió a tirar de su brazo.

Pero también Angela opuso mayor resistencia.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! — exclamó con tono suplicante—. Me ama... ignora mi pasado. ¿Comprende usted la situación?

—No sea rebelde. Le tendrá más cuenta.

Pero Angela logró desasirse de

aquella garra que la torturaba y la retenía.

—Si él supiese adónde quiede usted llevarme, moriría de dolor... Ya no volvería a pintar... no podría...

El policía estaba un tanto desarmado por la sincera aflicción de la joven. Creía hallarse ante una "pájara" como cualquiera otra de las que dan motivo para ir a la cárcel, y he aquí que se encontraba ante una mujer de gran corazón, que amaba y sufría.

Sin embargo, supo sobreponerse a su principio de flaqueza.

—La Ley es la Ley. Recuerde usted que es delincuente y fugitiva. Delito doble.

—¡Pero está él arriba, está él arriba! — sollozó Angela, subiendo hasta la mitad de la escalera, seguida del polizonte, que continuaba negándose a acceder.

Y añadió la desdichada:

—Concédame una hora. Después me dejaré llevar. Esta vez no me escaparé. Se lo juro.

Y juró, juró con las lágrimas en los ojos, con toda su alma en los labios.

El polizone se rascó la cabeza.

—¿Dice usted que una hora?

—Sí. Después le acompañaré.

—Pero, ¿una hora nada más?

—Una hora nada más—dijo Angela, abriendo de nuevo la puerta y entrando.

Gino seguía enfrascado en su tarea de ordenar y preparar los manjares. Tan entusiasmado estaba, que no se le ocurrió preguntar a su prometida quién era el que había llamado y por qué motivo.

En el momento en que entró Angela destapaba una botella de champaña y exclamaba, llenando dos copas:

—Toma, amada mía. Brindemos por nuestra felicidad futura.

Pero la joven no tomó la copa. Después de engujarse las lágrimas con el pañuelo, se fué hacia el ventanal y corrió las cortinas para evitar que Gino pudiera ver al gendarme.

—¿Por qué haces eso? —inquirió el pintor con extrañeza.

Y la inspiración, la lucidez de los instantes críticos, dictó a Angela esta respuesta:

—Quiero encerrar nuestra feli-

cidad, para gozarla más plenamente.

—Gocémosla, pues. Toma tu copa. Brindemos por nuestro amor y por nuestra dicha.

—Por nuestro amor... y por nuestra dicha.

Y hubo de llevarse la copa a los labios, para disimular un sollozo que le fué imposible contener.

Gino, ebrio de entusiasmo, no supo ver lo que sucedía en el alma de Angela, y vació la copa de un sorbo.

Se la volvió a llenar y repitió el brindis.

Al beberse la tercera copa, preguntó, extrañado, a Angela:

—¿No te gusta?

Ella fingió una sonrisa.

—Sí... mucho.

—¿Pues, anda, tonta, bebe! Después, a dormir.

Llevóse Angela la copa a los labios; pero le fué imposible beber. El llanto, no del todo contenido, hacía temblar sus labios y su garganta. La ahogaba la pena.

Mediante un esfuerzo sobrehumano, vació su copa y corrió hacia

la mesa, donde aguardaban los manjares.

—¡Gocemos, sí! — exclamó.

Y se sentaron a comer.

A cada momento Gino llenaba las copas.

—¡Brindemos por la gloria y por la fortuna!

—Por la gloria y la fortuna—repiteo Angela.

Y poco después exclamó:

—¡Ahora brindemos por mañana, Angela!

“¡Mañana! — se dijo Angela—. ¿Dónde estaré yo mañana?”

Y le pareció que una voz le respondía:

—En la cárcel.

Esta idea, unida a la ignorancia de Gino, le produjo tal angustia, que uno de sus intentos de risa se convirtió en sollozo.

Gino no se daba cuenta de nada. El alcohol de un lado, y el entusiasmo de otro, ponían ante sus ojos una tupida venda.

—Todo artista pinta a su esposa. ¿Quiere usted posar ante su marido, señora mía?... ¡Oh, qué felices vamos a ser!... ¡Soy el más grande pintor de Italia!

Y seguía bebiendo, bebiendo, en tanto Angela hacía inauditos esfuerzos por contener los sollozos.

Al fin de la cena, hubieron nuevos brindis. Y Angela brindó en señal de despedida.

Ya había transcurrido la hora, y temía que el polizone llamara a la puerta.

—Es hora de que nos retiremos a descansar, Gino.

—Y esto es sólo el principio de nuestro ascenso. Aun llegaremos mucho más alto.

—Vamos... vamos...

E hizo un gran esfuerzo para añadir sin traicionarse:

—Así llegará más pronto mañana.

—¡Toda la vida juntos! ¡Qué felicidad!

—¡Qué inmensa dicha!—acertó a decir la desventurada, empujando a Gino hacia el lecho.

—¡Oh, Angela! ¿Y qué me dices de los hijos?

—¡Calla, calla! Tanta dicha me... oprime el corazón.

Y se mordía los labios al pronunciar estas palabras.

—Tendremos una niña como tú

—añadió Gino, inconsciente del mal que producía a su amada—. Y un chico... un muchacho fuerte y alegre, con los pies grandes, como yo...

Angela, incapaz de seguir conteniéndose, prorrumpió en amargos sollozos.

—¿Por qué lloras?

—Es de felicidad, Gino. Ya te lo dije.

—¿Me quieres dar un beso?

—Sí, Gino mío.

—El beso de despedida, como todas las noches.

—Sí, el beso de *despedida*.

Y se abrazó desesperadamente al recio cuerpo de su amado Gino, apoyó la cabeza en su hombro y lloró, lloró...

Pero, de súbito, algo le llamó la atención. Tras las cortinas que había corrido ella misma una hora antes, por una abertura que quedaba entre ellas, el guardia hacía gestos de impaciencia y le mostraba el reloj.

Angela cesó al punto de llorar, cual si su caudal de lágrimas hubiérase agotado.

Sin desprenderse del cuello de Gino, indicó al guardia que aguardara unos segundos más, y arrastró a su amado hacia el lecho.

Como siempre, como todas las noches, y por última vez, le quitó las botas y los calcetines.

—Otro beso, Angela, y hasta mañana.

—Otro beso, Gino, y que vaya con él mi corazón.

Y Angela se dirigió al fin hacia la puerta, la abrió y, apenas la hubo cerrado, se halló ante el fatídico gendarme.

—¿Vamos?

Angela nada respondió.

Se limitó a pasar delante del policía y encaminarse, con la rigidez de una sonámbula, hacia aquella cárcel, donde, para desdicha suya, no quiso entrar en un día ya remoto.





—Es demasiado puro tu corazón. No pienses en ello.



- Otro beso, Angela, y hasta mañana.



...no tenía un solo céntimo...



Se dejà caer.



El semblante de Gino volvió a ser el de siempre.



-¿Cómo puede dudar de él?



—Esposo, esposo mio.



...y miraba al cielo, reino de las almas puras, lleno de gratitud.

VI

Poco a poco, la bondad, que era la principal característica de su alma, hizo en Angela su aparición. Con el espíritu de sacrificio, con esa dulce resignación que distinguió siempre a las santificadas heroínas del claustro, la joven vivía con el pensamiento y el alma puestos en su liberación y en el nuevo encuentro con Gino.

Esperaba, esperaba llena de una confianza en Gino y en sí misma que no tenía clara justificación después de lo sucedido.

Realizaba los trabajos de la cárcel con tan buen ánimo y tanta perfección, que pronto fué el asombro de sus compañeras.

La sombra y la estrechez del encierro no la oprimían, sino que daban lugar a que su imaginación volara por los más altos parajes de la ilusión y de la esperanza.

Siempre que se hallaba sentada ante la ruca, cantaba... cantaba como en los felices días en que formaba parte de la "más célebre compañía de circo existente en el mundo", según Masetto.

Y sus canciones acabaron de desconcertar a sus amigas.

Una de ellas le preguntó:

—¿Cómo puedes sentirte tan alegre estando aquí?

Y Angela repuso sonriendo angelicalmente:

—Porque fuera, a la luz del mundo, el hombre a quien amo está haciendo grandes cosas.

Y esperaba y anhelaba llena de convicción el instante de recobrar su libertad y de reunirse de nuevo con el hombre adorado al que tan vanamente había hecho sufrir en más de una ocasión.

Y pasaron días y más días. Muchos llevaba ya de encierro cuando una cara conocida se presentó ante ella.

—¡Hola, compañera!—exclamó.

Era Lisetta, la vecina de cuarto, que ahora iba a serlo de celda.

Sonreía con sarcasmo.

—¡Caramba, caramba! ¿De modo que es aquí donde has estado todo este tiempo en que no te has dejado ver? Ya sabía que tu virtud era sólo aparente. ¡Cara de santa y alma de demonio! Tantos remilgos, y ahora resulta que eres un ángel de la calle como yo.

Pero Angela soportó, sin inmutarse, el aluvión de insultos. Su esperanza le daba fuerzas para todo. Confiaba en ser muy pronto feliz y sabía que la felicidad ha de pagarse de algún modo.

Por eso no protestó cuando Lisetta pronunció las palabras terribles.

—Eres un ángel de la calle como yo.



* * *

Aquella mañana, levantóse Gino más temprano que de costumbre. Era el gran día. El día en que debía unirse a Angela para siempre.

Lo primero que vió al saltar del lecho fué la mesa, cubierta aún por los restos del banquete de la noche antes.

Sintió una singular laxitud en todo el cuerpo y un ardor insoponible en la garganta, molestias que comprendió inmediatamente al tropezar su vista con las diversas botellas de champaña vacías. Había bebido demasiado champaña y no estaba acostumbrado a la exquisita bebida.

Buena la cogió. Aunque muy vagamente, recordaba que Angela había tenido casi que acostarlo.

Se abalanzó sobre el jarro del agua y lo dejó medio vacío. Ello alivió el ardor de su garganta, pero no el mal gusto de su boca.

Una vez estuvo completamente vestido y arreglado, dirigióse hacia la puerta para llamar a Angela. El alegre silbido de siempre resonó en la escalera. Esperó, con la emoción consiguiente. En aquel día todo sería glorioso y emocionante.

Pero no contestó Angela al silbido y Gino hubo de repetir la llamada. Tampoco esta vez obtuvo respuesta, por lo que se dijo:

—Seguramente, bebió también demasiado. Así se explica la pesadez de su sueño.

Subió al cuarto y golpeó la puerta.

—¡Angela, Angela; despierta!
Pero ni así obtuvo contestación.

Cuando hubo repetido la prueba con el mismo resultado, se decidió a abrir la puerta y a introducirse en la habitación.

Y, mudo e inmóvil de sorpresa, contempló el lecho intacto, el cuarto vacío...

—¡Angela, Angela!—gritó impulsado por un terror repentino, por una aprensión confusa que le asaltó momentáneamente.

Pensó después que podía haberse levantado ya arreglando el cuarto antes de salir a la calle a comprar la comida.

Ello dió a su espíritu un vislumbre de esperanza, algo que podía compararse a un rayito de luz pugnando por dispersar las densas sombras de un caos de tinieblas.

Bajó, preguntó a la portera:

—¿Ha visto usted a Angela?

—No ha salido todavía. Debe de estar aún durmiendo.

—No, en su cuarto no está.

—Entonces, no se qué pueda haber sido de ella—y añadió maliciosamente: —Como no saliera anoche...

Gino dejó a la portera antes de que acabara de pronunciar las últimas palabras. La maledicencia no era problema para él, comparado con el de la desaparición de Angela.

Y precisamente en el día en que había de casarse con ella.

Entró en la panadería, en la carbonería, en todos los establecimientos donde Angela hacía compras con frecuencia, y en todas partes hizo la misma pregunta:

—¿Ha visto usted a Angela?

Y en todas partes obtuvo la misma respuesta.

—No.

Nadie la había visto. Nadie sabía de ella. ¿Qué hacer? ¿Qué pensar?

Le extrañaba a Gino que, de haberse visto en la precisión de marchar inopinadamente, no fuera a decirle adónde... o le dejara algún recado... alguna carta.

—¿Es preciso pensar que se ha ido sin que le importe el haberme dejado?—preguntó el pintor, temblando ante la fatídica posibilidad de que la hipótesis fuera certera.

—Los hechos lo acusan así—añadió amargamente.

Y momentos después, ya en la

pendiente del pesimismo, exclamaba:

—¡No me quería, no me quería!
¡Me ha engañado! ¡Me estaba en-
gañando!

Y ya no buscó más. Con ello no lograría sino añadir a su desgracia el ridículo.

Ya no buscó más.

Al mismo día siguiente se mudó de cuarto para evitarse la amargura de ver diariamente lo que había de recordarle su infortunio y comenzó a trabajar en el vestibulo del nuevo coliseo.

Eran frescos lo que había de pintar y, en un principio, confió en que lo complicado de la labor le distraería de sus funestas obsesiones.

Pero he aquí que la imagen de Angela se negó a separarse de su pensamiento y a dejar libre el gran espacio que había ocupado en su corazón.

Noche y día tenía en su memoria, y con intensidad de cosa real, aquellos ojos únicos, inconfundibles e incomparables, aquella tez de ángel o de niña, aquel cuerpecillo ágil y travieso que hizo un día las delicias de los públicos aldeanos.

Y era inútil que tratara de imponerse. En vano se hacía las más raras reflexiones, en vano se decía que nada podía adelantar torturándose. El recuerdo de Angela apoderábase de él al despertar y ya no le dejaba hasta que, después de grandes luchas, su fatiga le permitía conciliar el sueño.

Encaramado en el andamio, en la mano los pinceles y la mirada fija en el trozo de pared recién blanqueado donde había de pintar, ocurríole más de una vez que la imagen de Angela se posesionó de su imagin tan absorbentemente, que las otras imágenes, las que había de plasmar sobre el fresco yeso quedaban relegadas a un segundo término, ocasionándole grandes dificultades y retrasos en su tarea.

¡Cuántas veces hubo de mandar que picasen lo pintado, para volver a blanquear de nuevo!

Por otra parte, su estado de violenta excitación, era base de una torpeza y de una inseguridad que le convertían en un principiante.

El mismo comprendió que aquello no podía continuar. Un día u otro, le llamarían al orden y, ante la

inutilidad de la advertencia, habrían de despedirle.

Pero ello no le importaba gran cosa. Sin Angela, ¿para qué quería la gloria y la fortuna?

Y lo que sospechaba sucedió. Un día le llamó el dueño del local y le dijo:

—Desde mañana ya no necesitamos sus servicios. Hemos destinado a otro su trabajo.

Gino cobró lo que le correspondía hasta entonces y salió a la calle sin rumbo fijo. ¿Qué hacer? ¿Nuevos cuadros para llevarlos de tienda en tienda, con la imploración humillante de que se los adquiriesen? No, eso ya no podía hacerlo él. Le faltaba el entusiasmo, ese arder que es imprescindible para las grandes luchas. Le faltaba el estímulo. Le faltaba... Angela.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Y, mientras sus dudas se resolvían dióse a vagar por las calles de Nápoles. Esta vida de inactividad, de tedio y de ocio intensificó el deplorable estado de sus nervios, pues en los largos paseos sin rumbo fijo, en las prolongadas permanencias en el lecho o acodado a la ventana de su

nuevo cuarto, la imagen de Angela, libre ya de rivalidades, se convertía en una especie de idea fija.

Le parecía estar viéndola realmente y era a veces tan exacta esta visión que incluso creía oír la voz inconfundible de Angela, dirigiéndole aquellas durezas que él creía una máscara de su verdadera condición anímica, y que después había resultado una realidad indiscutible.

Las obsesiones fueron cada vez más frecuentes y torturadoras y momento llegó en que Gino sintióse incapaz de soportarlas.

¿Qué hacer, pues, para poner remedio a aquel martirio?

Nadie ignora que el alcohol bebre, aunque pasajera y momentáneamente, los pesares.

Tampoco lo ignoraba Gino, aunque no tenía de ello la menor experiencia.

Y por eso quizá quiso probar, saber con certeza lo que había de exacto en aquella afirmación popular.

Entró una tarde en una taberna y pidió vino. Le sirvieron un vaso, e hizo que se lo cambiáran por una jarra.

Media hora después, la inmundada taberna habíase convertido a sus ojos en pintoresco y típico refugio de almas de gustos refinados, como la suya.

Las ingratas compañías tornáronse agradables camaradas. Y aquella visión constante de Ángela que antes significaba para él una insuperable tortura ahora le inspiraba las más bellas y animosas ideas.

No pensaba en morir por aquellos ojos sino en pintarlos, y se decía que él no podría ver realmente, tenía la ventaja de aquellas reconstrucciones imaginativas, donde siempre el objeto o la persona ganaba en belleza y en idealidad.

La reacción fué horrible. Toda la amargura de antes volvió a invadirle ahora, pero multiplicada, centuplicada.

Sin embargo, Gino se dió por satisfecho. Tenía la clave del olvido, tenía en sus manos lo único que podía remediar sus males.

Y volvió a la tarde siguiente a la taberna y se convirtió en uno de sus clientes incondicionales.

Ya no volvió a coger los pincelcillos. El artista fué anulado absolutamen-

te por el alcohólico. Y aquel hombre sonriente y apacible que fué siempre Gino, se convirtió en un ser anormal e inquieto, vicioso y atrabiliario.

Entretanto, el retrato de Ángela que un día se viera en la precisión de vender había sufrido una transformación.

Giacomo, el artista favorito y cómplice de quien comprara la obra, hizo en ella todo lo necesario para que pareciera un lienzo antiguo.

El negociante hizo correr la voz de que se trataba de un Visconti desaparecido en el siglo XVIII y una iglesia lo adquirió para que sirviera de imagen de altar.

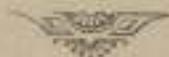
Lo esencial del cuadro había quedado tal y como lo plasmara el exquisito pincel de Gino. Aquella Ángela dulcísima que el pintor había sabido ver tras la aparente dureza de su amada, seguía siendo la misma. Sólo se había retocado el fondo y modificado ligeramente la indumentaria.

Y era maravilloso el efecto que aquella imagen producía colocada en la cima de un altar.

Muchos miles de liras se habían repartido el negociante y su cómplice Giacomo.

Y, entretanto, Gino, el verdadero

autor de la obra que tanta y tan merecida expectación había despertado, rodaba de taberna en taberna, en plena ruina moral y material.



VII

Hallábase en la taberna hacía más de una hora y había vaciado ya una jarra de vino, cuando una cara conocida apareció ante él.

—¡Hola, Gino! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Era Lisetta, Lisetta que, cada vez más delgada, pintarrajeada como un payaso y con un pitillo en la boca, había entrado en la taberna, alegrándose al ver en ella a Gino, cosa que no esperaba.

El pintor levantó la cabeza, la contempló un instante con dura mirada y después repuso con desprecio:

—No te hace falta ninguna verme, del mismo modo que cada gano yo con verte a ti.

Lisetta le miró de soslayo, dió a su pitillo una chupada, expolió el humo, sonrió torcidamente y dijo:

—Acaso el que nos hayamos encontrado hoy te reportará algún beneficio.

—Aunque así fuera, lo desdeñaría—repuso Gino con obstinada hostilidad—. Vete, pues, no quiero beneficios que de ti vengan.

Imperturbable, Lisetta replicó:

—Acabo de ver a una amiga tuya.

Gino se encogió de hombros. ¡Vaya una noticia! Alguna bebedora como él. Pero todas sus amigas juntas le importaban menos aún que Lisetta.

—Si lo que quieres es que te convide—dijo para quitársela de enci-

ma—, pide lo que quieras, pero lejos de mí todo. Hay muchas mesas vacías. Además, ahí está el mostrador.

—¿Te acuerdas de Angela?—preguntó Lisetta lentamente.

Gino cambió de expresión y de actitud. Con ojos henchidos de morbosa ansiedad contempló a Lisetta y le preguntó:

—¿Es que sabes algo de ella?

—Ya lo creo.

—¿Dime, dime pronto! ¿Dónde la has visto? .

—En el correccional.

Gino se había curado de su embriaguez instantáneamente.

—¿En el correccional!

—Sí, he sido su compañera durante unas semanas. A ella le salió más tiempo, un año, pero ya debe estar a punto de cumplir.

Gino no oía a Lisetta. Le zumbaban los oídos y tenía en los ojos una especie de tupidá venda.

Al fin, con un sobrehumano esfuerzo, preguntó:

—Pero ¿por qué está en el correccional?

—Ella, naturalmente, no quiso decirme. Pero esas cosas no pueden

ocultarse. Todos sabían que estaba castigada por robo y por ofensa a la moral en la vía pública.

“Por ofensa a la moral en la vía pública.”

Estas palabras produjeron violenta convulsión en el cuerpo de Gino, el cual, asiendo a Lisetta por los hombros la zarandó, dando la sensación de que tenía entre sus manos un muñeco.

—¿Infame! ¡Infame! ¡Eso es una injuria!

No podía concebir a Angela baja y miserable hasta ese punto. Aun ahora que ya no creía en su pureza, tampoco podía aceptar que fuera una mujer del arroyo.

—¿Infame! ¡Mientes! ¡Mientes!

Y le clavaba las uñas en los hombros al mismo tiempo que la sacudía furiosamente.

Lisetta se defendió como pudo.

—No sé para qué iba a mentirte. Si quieres, ve a la cárcel y entérate por ti mismo.

—¿Es horrible, es horrible!—exclamó Gino soltando a Lisetta.

Y volvió a sentarse, mejor dicho, a derrumbarse en su taburete, ocultando el rostro entre las manos.

Lisetta, con una sonrisa se sentó a su lado y llamó al mozo.

—Cerveza.

Y respetó el dolor de su antiguo vecino.

Poco a poco, fué éstr levantando la cabeza hasta reintegrarla a su posición natural.

—¡Mujeres, mujorost... ¿Qué vale una mujer? Nada. Y, sobre no valer, perjudica a la humanidad. Ella es la causa de todas las desdichas. ¡Ah, mundo miserable!

Habían servido a la alegre joven el vaso de cerveza. Y, mientras ella bebía, Gino, maquinalmente, sacó del bolsillo un lápiz y comenzó a rayar la mesa.

Lisetta halló en esto motivo para reanudar la conversación.

—Eso es lo que tú puedes pintar ahora: las mesas de los cafés.

Y Gino respondió, como si hablara consigo mismo:

—Voy a coger de nuevo los pinceles.

—¿Para qué? Ya no sabrás.

—En una ocasión, Lisetta, hice un retrato de mujer, no tal como

era sino como debía ser y yo la veía. Ahora voy a pintar a las mujeres tal como son en realidad.

—¿Quieres pintarme a mí? Estoy a tu entera disposición.

Gino movió la cabeza negativamente.

—No eres tú el tipo de mujer que yo busco.

—¿Cómo es ese tipo?

—Es un tipo especial.

Y, mordiendo las palabras, añadió:

—Deese hallar a una mujer que tenga rostro de ángel y un alma tan negra como el mismo infierno.

Lisetta se echó a reír.

—Habrás de dar una visita por los muelles. Allí me parece que la encontrarás.

—Iré al fin del mundo si es preciso, pero la encontraré. Mi alma me exige esta rectificación.

—A los muelles, a los muelles, Gino.

—Pues a ellos me voy. Creo que estás en lo cierto.

Y se fué sin volver el rostro, sin ni siquiera decir adiós a Lisetta.



VIII

Llegó al fin, para Angela, el tan anhelado día en que había de recobrar su libertad.

El día en que volvería a ver a Gino, a su Gino.

¿Le encontraría?

Confaba en que sí. Un hombre famoso deja siempre tras él numerosas pistas.

Ya libre de aquella preocupación torturante, comprendida y amada por Gino, sólo la felicidad la esperaba en el mundo.

Grande fué su emoción al volver a pisar el libre suelo napolitano, la vía pública donde ella podría moverse y respirar a su sabor.

¿Dónde se dirigiría?

No necesitó pensarlo mucho para decidirse.

Gino pintaría todavía los frescos del gran coliseo.

Dirigióse, pues, hacia el teatro. Nadie se opuso a que entrara y en seguida se halló en el vestibulo.

—Examinó los frescos y extrañóse de que en ninguno de ellos figurase el nombre de su Gino. ¿Qué significaba aquello?

Miró a un lado y a otro. Vió a un caballero elegantemente vestido y ya no lo pensó más.

—Oígame, señor. ¿El pintor Gino?

—¿Qué desea usted saber?

—Si trabajó aquí.

—No, señorita.

—¿Por qué?

—Porque fracasó... No sabía, no podía.

Cual si hubiera sido el propio Gino, Angela se irguió ofendida, quiso protestar, pero fué obligada a salir del teatro, que se iba llenando de gente distinguida.

¡Fracasó su Gino! Eso no podía ser más que obra de la envidia.

Lo enojoso era que ahora ya no sabía dónde buscarle.

De súbito, exclamó::

—¿Y por qué no ha de estar en casa?

Se extrañó de no haber tenido esta idea antes que ninguna otra.

Era en casa donde Gino debía estar.

¿Que Lisetta habría referido a la vecindad, a la portera, a la patrona, todo y algo más de lo que a ella, a Angela, le había sucedido? ¡Bah! No le importaba. Ya podía murmurar la gente. Su alma estaba muy por encima de tales miserias.

Se dirigió hacia su antigua vivienda.

El panadero, el carbonero, todos los que en otro tiempo eran sus constantes acreedores, la miraban de reojo al pasar.

Pero ella ni siquiera les saludó. Se dirigió rectamente hacia la casa.

—Portera.

—¿Hola, Angelita!.. ¿Dónde ha estado usted?

Angela evitó fácilmente la mal intencionada pregunta.

—Lo que yo deseo saber es si Gino sigue viviendo aquí.

—No, señorita. Se fué al día siguiente de su desaparición.

—¿Y adónde ha ido?

—Adónde ha ido no lo sé. Pero, en cambio, no ignora otras cosas que pueden interesarle. Se ha entregado a la bebida.

—¡Oh!—exclamó la joven aterrada—. No puedo creer eso de Gino.

—No lo dude.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sabemos todas, mejor dicho, todos.

—Pero, ¿cómo?

—Porque le hemos visto embriagado cien veces.

La impresión, profundamente desagradable y dolorosa por cierto, impidió a Angela responder en seguida.

Pero lo hizo momentos después y con un anhelo y una vivacidad que lograron conmover incluso el duro corazón de la patrona.

—Y, ¿dónde acostumbra ir a beber?

—Eso nadie lo sabe, ni puede saberlo. Mejor dicho, todos lo sabemos, pero sin que ello sirva para dar una pista a usted, pues visita todas las tabernas sin excepción.

Quedó Angela muda y contrita.

"Desde que usted le abandonó", había dicho la portera.

¿Luego era ella la culpable de la pérdida de Gino? ¿Era ella la causante de la ruina material y de su naufragio anímico? ¿Era ella la que, con su separación, había hecho fracasar a Gino en la decoración del coliseo? ¿Era ella, que tanto le amaba, la que le procuraba tantos y tan crueles males?

Se despidió de la portera y comenzó a vagar por las calles, con la esperanza y el deseo de que el azar hiciera lo que ella no podía hacer.

Anduvo y anduvo por las calles de Nápoles, dando la preferencia a las menos céntricas, a aquellas de los suburbios donde abundan las tabernas, los garitos y otros centros de reunión del hampa.

Varias veces creyó que el milagroso encuentro habíase realizado,

y su emoción fué tan intensa como lo fuera después su desengaño al acercarse al transeunte y ver que no era Gino.

Pronto hubo de renunciar al optimismo que desde hacía tiempo la asistía. Después de varias horas de vagar inútilmente, comprendió que encontrar a un hombre en una gran ciudad sin tener de él pista ninguna no era ciertamente tarea fácil.

Además, ¿quién le aseguraba que Gino estuviera en Nápoles?

Un hombre sin obligación, sin nada que le moviera a permanecer allí, bien podía haber partido.

Y si no encontraba a Gino, ¿qué sería de ella? ¿Adónde iría? Si algún amigo tenía en Nápoles no eran de los que podían hacerle un favor. Además, su encierro en el correccional, era como un estigma que impulsaría a la gente a huir de ella, cual si sufriera una enfermedad terrible y contagiosa.

Todos los que la conocían sabrían que había estado presa, que era una delincuente, porque las voces se habrían corrido por el barrio.

Había que renunciar, pues, a las amistades.

Y, si renunciaba a ellas, ¿a quién podría recurrir?

A nadie. Nadie le prestaría su ayuda en aquella ciudad, si no encontraba a Gino.

Los conflictos inmediatos carecían, pues, de solución. En cuanto a los otros y más graves, los de hallar un medio de vida, se presentaban también muy difíciles de resolver.

Aparte la crisis reinante, ¿qué iba a decir cuando fuera a buscar trabajo y solicitaran referencias de ella? Si se enteraban de que había estado en el correccional, podía dar por descontado el fracaso. Nadie quiere tener en su casa a una persona que cometió un robo por temor a que la tentación vuelva a asaltarle.

Además, se le acusaba de haber ofendido a la moral públicamente, y en realidad existía tal ofensa aquella noche en que se lanzó a la calle dispuesta a todo con tal de obtener las veinte liras que necesitaba para comprar la medicina a su madre.

Ya lo había dicho Lisetta:

—Eres un ángel de la calle, como yo.

Y esta sería la opinión que de ella tendría la gente.

En vano se esforzaría por explicarles la grisa de su vergonzosa determinación, en vano alegaría que la vida de su madre dependía de veinte liras que nadie le quería dar. Nadie la creería. Son muchas las mujeres del arroyo que buscan semejante justificación para su deshonra.

Habría de emigrar para no morir de hambre.

Habría de renunciar a ver nuevamente a Gino.

Acabó de poseerla el más amargo pesimismo. No sólo dudaba ya de dar con su adorado Gino aquel mismo día, sino que desconfiaba de encontrarle en los sucesivos. ¡Nunca, nunca le volvería a ver!...

Anochece. La penumbra que precede a las nocturnas tinieblas iba cayendo sobre la ciudad y sobre su corazón, huérfano ya de calor y de esperanza.

Comenzaron a refulgir aquí y allí las luminosas pupilas de los faroles

públicos y en el cielo aparecieron los primeros astros.

Conforme anochecía, su vagabundeo por los suburbios napolitanos iba haciéndose más peligroso.

Los hombres, aquellos hombres que la inolvidable noche de su pérdida la desdeñaron, ahora la miraban procasmente, adivinando su miseria y ofreciéndole un medio de evitarla.

Pero esta noche no se trataba de la vida de su madre, sino de la suya y si aunque la ofrecieran todas las riquezas de Italia mancharía su honor.

Era ella la que pasaría hambre, la que iba tal vez a morir de inanición, y prefería la muerte a la deshonra.

Acabó de anochecer. El hambre comenzó a cosquillear en su estómago y, poco después, a hacer flaquear sus piernas, nublando a la vez su pensamiento.

Bostezó. Un calofrío recorrió su espalda y sacudió todo su cuerpo.

Dejó de buscar a Gino para preocuparse de hallar dónde refugiarse aquella noche.

Otro problema de difícil solución.

En el centro de la ciudad le impedían permanecer los gendarmes. En los barrios por los que ahora transitaba, se exponía a innumerables peligros.

Sin embargo, la permanencia en los suburbios hubiérale solucionado el problema del abrigo. Había en ellos innumerables rinconadas y pórticos donde el frío apenas se dejaba sentir.

Pero estaba visto que todo lo que fuera un remedio o un alivio para su calvario un misterioso poder se lo vedaba. Estaba visto que sólo a sufrir tenía derecho.

En el ángulo de una plancha se detuvo. A sus pies comenzaba una vieja y corroída escalinata que conducía al principio de una calle. Y en la grada primera ardía el fogón de un vendedor de mariscos.

Si tuviera dinero, estarían momentáneamente solucionados sus más apremiantes conflictos. Había allí calor y alimento. Compraría mariscos calientes y se sentaría cerca del fogón para comérselos.

Pero no tenía un solo céntimo y hubo de resignarse a no comer y ver de cerca los mariscos con tal

de que su cuerpo recibiera un poco de calor.

Se sentó cerca del fogón ambulante, y entonces pudo comprobar que aunque desviase la mirada para no aumentar su hambre con la visión de los mariscos, su grato e inconfundible tufllo hería su olfato.

Era indudable que la fatalidad quería cebarse en ella.

Esto lo comprobó Angela al ver que apenas se hubo sentado, el vendedor colocó un plato rebosante de exquisito manjar, tan cerca de ella que sólo había de inclinarse muy ligeramente para que a él llegara su mano.

El buen hombre le daba casi la espalda y los transeuntes pasaban sin advertirla. Nadie, pues, la vería si quisiera apoderarse de unos cuantos mariscos y tendió el brazo para tocarlos, para acariciarlos...

Y ni aun entonces sintió la tentación de apoderarse de uno solo de ellos.

La mujer que un día habíase apoderado de un billete de banco, ahora no caía en la tentación de to-

mar unos mariscos, a pesar de que era indudable que nadie la vería, y sobre ser especialmente viva su hambre.

Cuando la situación se hizo insostenible para ella, se levantó y continuó su camino.

¿Su camino? ¿Podía llamarse así aquel vagar sin rumbo ni fin?

¡Qué horrible! Jamás había Angela sufrido y temido tanto. Muchas noches habíase acostado sin cenar, pero habíase acostado. El ayuno así era soportable. Pero que el hambre se uniera al sueño y al frío era algo superior a las fuerzas humanas, y más tratándose de una débil mujer cuyo espíritu naufragaba también en un caos sentimental.

Apenas podía sostenerse en pie, apenas si su sangre daba a su cuerpo un grado de calor, apenas si sus ojos podían discernir las cosas a través de las brumas del véspero.

En la trasparente palidez de su rostro sus ojos magníficos eran dos secas donde se acumulaban la tristeza y el infortunio humanos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ahora, al sueño, al frío, al hambre, se aumentaba un nuevo elemento: la fatiga.

¿Era aquello un ángel de la ca-

lle, como habíala llamado Lisetta?

No; sin duda se mostró Gino más certero pintándola como una vir-

gen.



IX

Gino quería cumplir el propósito que se forjara al oír de labios de Lisetta la fatal noticia. Quería ver un alma infernal en un rostro de ángel para copiarla tal y como era interiormente.

Cuando llegó al muelle, la niebla que era muy densa, impedíale andar con seguridad por el camino erizado de obstáculos.

Buscaba entre los fardos, entre las montañas de madera, entre los toneles, pues sabía que aquel era el refugio favorito de los que no tienen lecho ni casa donde guarecerse.

Especialmente las balas de trapo y de algodón tenían infinidad de adeptos entre aquella gente que ocupaba el escalón más bajo de la escala social.

Ayudados por las sombras de la noche y aprovechando los descuidos de los guardias deslizábanse entre la mercancía y ya no salían de allí hasta el día siguiente.

Pero la penumbra reinante, impedía a Gino realizar por el momento la investigación.

Sólo sus pisadas y el crujió de los barcos al ser mecidos por la marea, interrumpían el profundo silencio de los muelles. Todo el mundo dormía en las naves. Sólo en alguna que otra se oía el canto dulce y cadencioso del marinero de guardia.

Aquel ambiente, aquella penumbra estaban de acuerdo con el estado anímico del pintor.

Si hallara la mujer de espíritu infernal y tenebroso que buscaba, so-

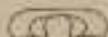
licitaría de ella que se dejase pintar allí mismo.

El fondo, así, correspondería a la figura. Y, penetrado él de aquel lúgubre ambiente, sabría dar a su pincel la vibración justa para expresar todo lo que sentía.

No pensaba en el vino. No le pre-

ocupaba el vino. Su pensamiento estaba absorbido por aquella idea fija, por aquel anhelo violento que le poseyera a raíz de la revelación hecha por Lisetta.

Estaba excitadísimo. Dijérase que se había vuelto loco.



* * *

Al mismo tiempo, Angela avanzaba también muelle adentro sin saber por qué ni para qué.

Casi no "se sentía" ya los pies. Le parecía andar con unas piernas que no eran las suyas.

Tampoco sentíase el corazón. Era como si todo su cuerpo estuviese vacío y se mantuviera en pie y viese merced a un milagro del cielo.

¿Pensaba en Gino?

No, no podía pensar en nada. También notaba en el cerebro aquella vacuidad, aquella ingravidez que había comenzado por su estómago.

Varias veces tropezó con las mercancías poco voluminosas que, al lado de las montañas de madera, de las grandes cajas y de los gruesos fardos, se desparramaban por el sue-

lo. No cayó pero tenía la evidencia que, de haber caído, no hubiera sentido dolor ninguno.

No oía los cantos de los marineros de guardia ni los crujidos de los barcos mercidos por la marea. Nada pensaba, nada veía, nada oía.

De súbito, un obstáculo detuvo su avance. No era uno de aquellos pequeños bultos, de aquellas poco voluminosas mercancías que estaban desparramadas por el suelo al lado de los gruesos fardos y de las montañas de madera. Era.

Vió primero, a través de la bruma, unas grandes botas de hombre. Fué levantando la vista y pudo comprobar que a las botas seguían unos pantalones y una americana después, y luego... luego...

El hombre, inmediatamente después del tropezón encendió un fósforo, demostrando un extraño interés por conocer a la persona que le había interceptado el paso.

Y la luz del fósforo sirvió para que Angela conociera también al que había interrumpido su avance.

—¡Gino!

—¡Angela!

Desapareció en la muchacha instantáneamente aquel singular estado de vacuidad. Una oleada de color y de vida subió a su rostro coloreando sus mejillas y sus labios. Recobró la sensación de sus piernas y la facultad de pensar, aunque sus primeras ideas fueron tan confusas y numerosas, que nada pensó en concreto.

—¡Gino!

Y le tendió los brazos con la intención de colgarse a su cuello como en aquella noche memorable en que se separó de Gino para no volverlo a ver.

—¡Gino!

Era aquel un grito surgido directamente de su alma y que parecía llevar consigo un pedazo de ella cuando brotó a sus labios.

Pero Gino la miraba, la miraba fijamente.

Y había en sus ojos una tan terrible expresión, había en todo su cuerpo una tan evidente actitud de amenaza, que Angela, presa de un terror que era dolor al mismo tiempo, temblorosa y sobrecogida, retiró las manos de la proximidad de aquellos hombros queridos.

¡Oh, desilusión! Tampoco Gino creía en ella. Y si no creía, era que no la amaba lo suficiente.

Lisetta se habría encargado de ponerle al corriente de todo. Angela sabía que lo haría así desde que se encontrara en la cárcel con su ex vecina. Pero esta idea no le produjo la menor inquietud. Confiaba en Gino, creía que él sabía comprendería por encima de todas las murmuraciones de la gente.

Y ahora —¡oh, dolor! — vio que también sobre este punto había sido demasiado optimista.

—¡Oh, Gino!

A la angustia con que pronunció estas palabras, sucedió un pánico indecible.

Los ojos de Gino adquirieron una

expresión espantosa y crispáronse sus manos.

—¡ Ah, infame!

Fué como si mordiera estas dos palabras.

—¡ Ah, infame! ¡ Mala mujer!

Sus crispadas manos avanzaron hacia el cuello de Angela. Y acaso la hubiera ahogado, si ella no se dio a la fuga.

Gino echó a correr tras ella. Fué una fuga de pesadilla. Entre la niebla y la semiclaridad del amanecer semejaban dos sombras, dos fantasmas que se perseguieran en un mundo irreal, confuso y sombrío como las visiones de los sueños.

—¡ Infame! ¡ Infame! ¡ Me has engañado!—gritaba Gino sin cesar.

Y Angela, aterrada, huía, huía.

Una vez más la agilidad sorprendente de su cuerpo la salvó.

De nada servían a Gino sus largas piernas. Ya estaba casi encima de Angela, ya no iba a tener más que alargar los brazos para cogerla, cuando, de súbito, aunaba la joven todas sus fuerzas y, venciendo la debilidad que la inanición y el cansancio producían en sus piernas,

aceleraba el paso, convirtiendo su carrera en vuelo.

Y nuevamente ponía una distancia de varios metros entre ella y su perseguidor.

Pero él no se daba por vencido. Había de alcanzarla. Su corazón experimentaba un vivísimo deseo de vengarse.

Y corría, corría. Si Angela era más ligera, él era más resistente.

Al mismo tiempo, habíanse ido aclarando las brumas que lo invadían todo. El cielo, antes de un color ceniciento e impreciso, había adquirido ya su bella tonalidad azul. Se precisaban las formas y los contornos y cada cosa adquiría su matiz.

El puerto aparecía ahora crisado de mástiles y ya no brillaban las pupilas verdes y rojas de los barcos. Salía el sol, y un lejano tapiz de oro extendíase sobre el mar y sobre la tierra.

Ahora veíase claramente el rostro demudado de Gino, sus ojos desmesuradamente abiertos y su mirada amenazadora. Y el rostro, transfigurado por el terror, de Angela.

Corriendo, corriendo, llegaron a

la ciudad. Se repitió la escena de aquella noche memorable en que Angela recorrió todo un suburbio perseguida por Neri, el gendarme de la mirada feroz.

Cruzaron una calle y otra. Una plaza y otra plaza.

"¿No se cansará nunca?", preguntábase Angela.

"Pronto se cansará", decía Gino.

Y la perseguía, la perseguía implacablemente.

¿Con qué objeto? ¿Quería matarla? No lo sabía bien. Aquel anhelo de venganza era ciego y un tanto confuso.

Llegaron a una plaza. Uno de los lados estaba ocupado por la fachada de un templo. Y, Angela, al darse cuenta de ello, bendijo a Dios desde el fondo de su alma.

Comenzaba a disminuir la distancia que separábala de Gino, y estaba cierta de que esta vez no hallaría fuerzas suficientes para sobreponerse a la fatiga y practicar la arrancada que varias veces la había salvado.

Por eso respiró Angela al ver el templo. Dentro de él era muy posible que Gino no se atreviera a

cumplir la venganza cuya amenaza se evidenciaba en sus ojos.

Llegó la muchacha al templo, traspuso de un salto el umbral, recorrió toda una nave y, precisamente cuando llegaba al pie del altar, le faltaron las fuerzas.

Se dejó caer.

Fue como un derrumbamiento de todas sus energías, como un desmayamiento de todos sus músculos y de todas sus células.

Como sospechara, Gino se detuvo.

Pero había fijado la mirada en la cúspide del altar, y la mantenía allí con tal expresión, que Angela, sorprendida, levantó también la cabeza.

¡Y era ella la imagen! Era su retrato lo que había en la cúspide del altar.

Las reformas de Giacomo no lograron despistarles.

De aquí que Gino exclamara:

—¿Cómo pude pintarte así?

¿Cómo pude pintarte así?

Y, bajando la vista hacia ella y contemplándola con un gesto lleno de repugnancia, añadió:

—Ahora te veo como en realidad eres. ¡Oh, qué diferencia!: arriba,

el símbolo de la pureza; abajo, la encarnación del vicio.

Levantóse Angela del suelo. Ya no temía a Gino. ¿Podía hacerle algún mal superior al que acababa de infligirle dirigiéndole tan terrible insulto?

Mucho era lo que temía, pero no creyó que el castigo pudiera ser tan cruel.

Por eso se puso en pie y se dirigió hacia el hombre al que tanto había amado y amaba todavía.

Por eso exclamó:

—Lo inexplicable, Gino, es que no hayas sabido verme ahora.

Tendió los brazos hacia él con las manos enlazadas.

—Mírame bien, Gino. Mírame bien a los ojos—imploró—. Así, te convencerás de tu error. Así, volverás a creer en mí.

La expresión amenazadora desapareció de los ojos del pintor. El tono empleado por Angela, rebosaba sinceridad e inocencia.

Obedeció. La cogió por los hombros y contempló largamente sus pupilas.

Y el cambio acabó de realizarse. El semblante de Gino volvió a ser el de siempre.

—¡Es verdad, Angela, es verdad! —exclamó—. ¿Cómo pude dudar de ti? Perdóname.

Ella, por toda respuesta, alzó los brazos y los enlazó al cuello del amado.

—Esposo, esposo mío.

Y un beso apasionado y desprovisto de toda insana vehemencia fué la réplica que dió Gino a estas palabras de Angela... y miraba al cielo, reino de las almas puras, lleno de gratitud.

F I N



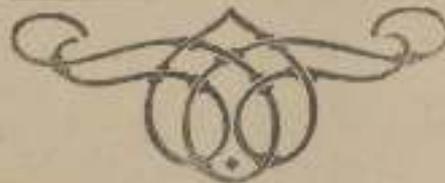
PRÓXIMO NÚMERO

La producción nacional Gaumont

LA ÚLTIMA CITA

INTERPRETADA POR

Elvira de Amaya, R. Murcia,
Aquaviva, Luisita Gargallo,
etc.



EN PREPARACIÓN:

LA SINFONÍA
PATÉTICA

*

MR. WU

*

BEN ALÍ



¡SIEMPRE LO MEJOR!

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy. — El Gran Destile, por John Gilbert y Renée Altorre. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Melier. — La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche. — El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — Sin familia, por Leslie Shaw. — Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno. — Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien-Cobra, por Rodolfo Valentino. — El fin de Montecarlo, por Francesca Berini y Jean Angelo. — Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert. — Zaza, por Gloria Swanson. — ¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni. — El judío errante, por Gabriele Gabrio. — La mujer desuada, por Louise Lagrange. — Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc. — Casanova, por Ivan Mosjoukine. — Hotel Imperial, por Pola Negri. — La fin Ramona, por Luisa Fernanda Sala. — Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore. — Noche Nupcial, por Lily Damita. — El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — Beau Geste, por Ronald Colman. — Los Vencedores del Fuego, por Charles Roy y May Mac Avoy. — La Mariposa de Oro, por Lily Damita. — Ben-Hur, por Ramón Novarro. — El Demonio y la Carne, por Grete Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich. — La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Grete Garbo. — Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino. — Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque. — El Sargento Malacara, por Lon Chaney. — El Capitán Sorrell, por H. B. Warner. — El Jardín del Edén, por Corinne Griffith. — La Princesa mártir, por Lucienne Legrand. — Ramona, por Dolores del Río. — Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos y El carnaval de Venecia

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barhará, 16. — Madrid: Ferraz, 21.